

Selección TERROR

Ralph Barby

...Y SURGIERON DE LA NIEBLA

...Y surgieron de la niebla (reed.)

Número DXXXV de *Bolsilibros - Selección Terror*

Ralph Barby

(1982)

Etiquetas:Terror

Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o "libros de a duro" en referencia a su bajo precio.


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

530 — Más allá del sepulcro, *Curtis Garland*.
531 — La llamada de los muertos, *Adam Surray*.
532 — Tumba sin fondo, *Clark Carrados*.
533 — La tarántula asesina, *Joseph Berna*.
534 — La danza de los esqueletos, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

...Y SURGIERON DE LA NIEBLA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 535
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 13.872 - 1983
Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: junio, 1983
3ª edición en América: diciembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

El viento ululaba siniestro al rozar contra el casco del barco, mientras la mar, con oleaje montañoso, alzaba el buque a docenas de pies de altura para luego sumergirlo en los miles de valles que se formaban entre las crestas de agua salobre.

El capitán Cunningham, comandante del International College of Sea, se las veía y deseaba para evitar que las enormes olas, que semejaban ir a cubrir el navío por completo, les dieran un bandazo que podía resultar trágico, haciendo escorar la nave y naufragar con los doscientos estudiantes internacionales y la docena de profesores que les instruían en aquel colegio flotante.

El teniente Byron, un hombre rudo, miraba a través del puente cuando el agua de las crestas que rompían contra las cubiertas de a bordo salpicaba los cristales del puente. Era de noche y las luces no servían de nada.

No llovía, pero aquel viento feroz y destructivo, aunado al océano embravecido, era como una tormenta, porque el agua cubría constantemente toda la nave.

Se había dado la orden de que ningún estudiante ni profesor saliera a las cubiertas, ya que el peligro de ser barridos por el oleaje que se filtraba entre las barandas y por encima de ellas, era constante.

La marinería de a bordo, si se trasladaba de un lugar a otro de la nave, lo hacía con mucho tiento, siempre sujetándose y protegidos con chubasqueros marinos que no conseguirían impedir que se mojaran.

—Capitán, hay que salir de aquí o uno de esos bandazos nos va a partir en dos mitades.

—Hemos pedido el parte meteorológico y nos han comunicado que el mal tiempo se extiende en una zona muy amplia, dirigiéndose hacia las Azores y mar Cantábrico.

—Tendremos que escapar, y si me permite una opinión...

—Se la permito, Byron.

—Por el Nordeste es la manera más fácil de salir de este lugar. Si seguimos descendiendo hacia el Ecuador, dirección Sureste, será como ir detrás del mal tiempo.

—¡Maldita sea! Y pensar que hace tres días salimos de Nueva York con buen sol —se lamentó el capitán Cunningham, preocupado, mientras la nave alzaba su proa para luego hundirla casi en picado hacia el fondo del océano. Apenas unos segundos más tarde, subía con fuerza, mientras el oleaje barría la cubierta de popa.

Cuando ésta se alzaba, todo el navío vibraba como si fuera a resquebrajarse al girar las grandes y poderosas hélices en el vacío,

fuera de las aguas.

—Atención radio, atención radio, responda —exigió el capitán oprimiendo un intercomunicador.

—Aquí radiotelegrafista, capitán.

—Póngase en contacto con el barco más cercano. Podría ser que precisáramos ayuda.

El radiotelegrafista captó el nerviosismo del capitán, pero éste no habría pronunciado el S.O.S. y, por tanto, no podía lanzarlo al éter.

Sólo debía ponerse en contacto con otros navíos, que navegaran por aquellas aguas, comunicándoles posición y previniendo cualquier percance.

—¿Qué dice el radar? —preguntó el capitán Cunningham.

—No hay nada en derredor, mi capitán, sólo océano —advirtió el servidor del radar.

Tras insistir repetidamente, el radiotelegrafista comunicó:

—La radio no funciona bien, mi capitán, nadie responde. Las condiciones meteorológicas son adversas.

—Continúe insistiendo —ordenó el capitán cuando el navío fue empujado por una ola de costado bajo el lecho del mar, mientras otra enorme cresta le asestaba traidoramente un bandazo que el International College of Sea acusó con un ruido sordo y siniestro a la vez.

El capitán Cunningham y el teniente Byron se miraron preocupados. Ambos sabían lo que podía significar aquel ruido que les había producido frío en la espina dorsal.

El casco se había agrietado por algún lugar que ellos ignoraban aún, mientras se agarraban adonde podían para mantener el equilibrio, ya que los vaivenes eran fuertes y constantes.

—¡Capitán, capitán!

La llamada les llegó por el altavoz del cuarto de máquinas.

—Les escucho. ¿Hay averías?

—¡Capitán, el casco se ha rajado! —gritó el teniente de máquinas.

—¿Cómo puede repararse la avería?

—¡Mal, muy mal, imposible, capitán! —gritó el oficial de máquinas—. Tengo a dos hombres heridos y el agua está penetrando con fuerza. Aquí abajo no hay seguridad.

—Hay que buscar una fórmula para aguantar —advirtió el capitán Cunningham.

—Imposible. ¡Cuidado! —Después se escuchó un horrible alarido.

—Atención, escuche, escuche, ¿qué es lo que sucede? —inquirió el capitán.

—Capitán, se han roto las conducciones de vapor. Dos hombres están abrasados. La grieta sigue avanzando a cada movimiento del barco. Los tanques de gasoil van a reventar y se incendiará todo,

capitán. Hay que abandonar el cascarón.

—Vamos, suban los heridos a la enfermería.

—¡Capitán! ¡Pulse la alarma general! —pidió el teniente Byron.

—No podemos perder los nervios, Byron.

—Pero, ya ha oído que…

—Sí, lo he oído, vaya usted a comprobar lo ocurrido.

—Capitán, quizá no haya tiempo de nada. Si el barco se parte en dos, nadie escapará vivo de aquí. Nos hundiremos en un par de minutos y no servirá ninguno de los botes de salvamento.

—¿Es que acaso cree que serviría de algo un bote de salvamento con el oleaje que hay afuera?

—Está bien, capitán, iré a ver lo que se puede hacer, pero vaya lanzando un S.O.S.

—Teniente, no tiene usted que decirme lo que debo hacer por el simple hecho de que haya navegado diez años más que yo. Soy el capitán, el único responsable.

—Usted lo ha dicho, el único responsable —replicó Byron, con un gruñido, abandonando el puente.

Mientras el segundo de a bordo bajaba a la sala de máquinas para comprobar los daños, en los camarotes y en el salón principal, los doscientos universitarios y el profesorado lo estaban pasando muy mal. Había mareos, angustia, alguien contaba chistes que nadie reía.

Peter Darwin, un joven norteamericano de abundante cabello oscuro y lacio y ojos color cobre puro y bruñido, se tendió en el suelo.

—Eh, Peter, ¿tú también estás mareado? —le preguntó uno de los compañeros que iba de una parte a otra del salón según le marcaba el compás del oleaje.

Peter Darwin había pegado la oreja al piso y su ceño se frunció.

—¿Qué pasa, Peter, se está mejor ahí tendido? —le preguntó la jovial Mario.

Ella estaba aguantando bastante bien el mareo, mientras otras chicas gritaban y las profesoras se hallaban en sus literas, hechas un ovillo y con el estómago ya vacío.

—Algo anda mal ahí abajo —señaló Peter pegando una palmada sobre el suelo.

El barco se descontroló totalmente. Parecía ir al garete y más que gritos hubo alaridos cuando semejó que iba a volcar por completo, ya que los grados de escoración, momentáneamente, fueron más de cincuenta.

Peter Darwin resbaló por el piso y fue a parar de cabeza contra las piernas de Mario, que se hallaba sentada en un sofá, agarrándose como podía.

—¡Peter!

—Tienes unas piernas muy bonitas.

El buque se inclinó en la dirección contraria y Peter Darwin, que se había sujetado a una de las piernas de Mario, la arrastró consigo.

En medio de gritos y algunas risas, cruzaron todo el salón, pasando por debajo de una mesa sujeta al piso.

El teniente Byron no terminó de bajar las escalerillas metálicas.

En la sala de máquinas reinaba el caos.

Un tanque de gasoil se había resquebrajado y, a cada bandazo del buque, perdía combustible que flotaba sobre el agua que penetraba por el casco y que ya cubría a los marineros de máquinas hasta las rodillas.

Alguien trataba de salvar a los heridos, mientras grandes chorros de vapor recalentado formaban una espesa niebla que hacía sudar y dificultaba todo el trabajo.

—¡Teniente, grítele al capitán que esto se hunde! ¡El casco se sigue agrietando y se partirá en dos en cualquier instante! —chilló el oficial de máquinas.

Byron iba a contestar cuando, súbitamente, se produjo un cortocircuito al romperse una conducción eléctrica. El chisporroteo fue grande y habiendo ocurrido en un lugar donde el gasoil se había calentado, prendió inmediatamente.

El fuego se extendió con rapidez por la sala de máquinas, en medio de los gritos de terror de los servidores del buque que se vieron inmersos en un mar de llamas, mientras eran sacudidos de una parte a otra.

Byron había sido testigo de catástrofes marinas, pero aquello le pareció horrible.

Los marinos, aquellos hombres con los que tantos viajes había compartido, ardían frente a él, sacudidos como peleles en medio de un averno dantesco.

Corrió hacia lo alto y cerró la puerta de acero, evitando que las llamas ascendieran al tiempo que pulsaba la alarma general.

En el puente, el capitán Cunningham frunció el entrecejo. Sus manos, más que mojadas, estaban sudorosas. Sus subordinados le miraron inquietos.

—Ese condenado Byron se ha precipitado, pero ya no hay remedio. Se va a crear el pánico a bordo.

Byron entró como una exhalación en el puente, sin cerrar la puerta que dio bandazos mientras el agua de una gran ola lo empujaba violentamente.

—¡Abajo está todo perdido, la sala de máquinas arde por los cuatro costados y el barco se parte en dos!

—¿Y qué hacen que no reparan averías?

—¡Capitán, despierte de una condenada vez! —chilló Byron fuera de sí—, ¡Abajo no hay nadie vivo, los he visto abrasarse a todos!

Los subordinados del puente lo abandonaron corriendo.

El capitán Cunningham, como si allí se hundiera toda su vida y dándose cuenta de ello, reaccionó casi pasivamente.

Abrió el sistema de altavoces general, mientras la chicharra de alarma seguía sonando. La desconectó y habló a través del micrófono mientras el océano seguía empapándolo todo en el puente.

—Atención, atención, les habla el capitán Cunningham. Diríjanse a los botes con orden —repitió—. Hay peligro de hundimiento.

—¡Peligro? ¡Maldita sea, capitán! —Byron le arrebató el micro de la mano y gritó—: ¡Sálvese quien pueda, el barco se hundirá en minutos!

—¡Estúpido, ha creado el pánico a bordo! —aulló Cunningham, repentinamente furioso.

—¡Vale más una vida salvada con pánico que todos muertos en orden!

El capitán lanzó un fortísimo puñetazo sobre el teniente Byron, pero éste se apartó a tiempo en el instante en que el navío, a merced del montañoso oleaje, escoraba de una manera brutal.

El capitán, perdido el equilibrio, con el puño por delante, salió por la portezuela abierta.

Pasó por encima de la baranda, saltó por la primera cubierta y sin comprender lo que ocurría, se hundió de cabeza, con la gorra de comandante encasquetada, en la negrura del mar, en aquella noche dantesca.

Mientras el barco se alzaba sobre una cresta, millones de toneladas de agua salobre sepultaron al capitán Cunningham, haciéndole desaparecer en el inmenso océano.

CAPITULO II

El «sálvese quien pueda» había surtido su efecto, el pánico había sido creado.

Gritos, llantos, histeria... Jóvenes y profesores fueron pateados por aquella enloquecida manada humana que trataba de escapar a la muerte.

La marinería, en su mayor parte desaparecida, también trató de salvarse.

El barco se inclinó de tal forma que volcó a cuantos se habían apretujado en el interior del primer bote salvavidas que era descendido en aquel momento. Luego, se desenganchó el bote y les cayó encima, partiendo varios cráneos en el brutal impacto, mientras los demás eran golpeados contra el casco de acero del International College of Sea.

No había niños que salvar allí, y el privilegio de las mujeres primero, fue escasamente respetado.

—¡Vamos, hay que subir al bote! —gritó Peter Darwin, mientras el humo escapaba por los respiraderos y en todo el navío se escuchaba un rumor sordo, como la agonía de un monstruo que no tardaría en morir, arrastrando consigo a cuantos pudiera.

La profesora Rebekka Schorn, con su marcado acento alemán, gritó:

—¡Yo no quiero morir como los que han caído!

Peter Darwin miró al marino de color que estaba junto a ellos, tratando de colaborar en la supervivencia de los estudiantes y profesores, excepción entre sus compañeros, y le pidió:

—¡Ayúdeme!

El marino Soames comprendió y entre los dos cogieron a la profesora por las piernas y la metieron de cabeza dentro del bote, mientras un grupo de chicas saltaba al interior de la falúa de salvamento.

Por ambos costados del buque fueron descendiendo los botes. Cada cual lo hacía como podía.

Uno de los botes quedó atorado con los que trataban de salvarse dentro de él, gritando y suplicando una ayuda que nadie podía darles.

—¡Hay que controlar la grúa desde cubierta! —gritó el marino.

—¡Suba a bordo! —le dijo Peter Darwin.

Aquel bote, uno más entre los que ansiaban salvarse, colgaba en el vacío, sufriendo los bandazos que encajaba el propio buque.

Un joven estudiante, en el momento en que quiso subirse a bordo, fue aplastado entre el bote y la baranda. Lanzó un alarido de muerte y cayó pegado al casco, hundiéndose en las negras aguas.

Byron pasó como una exhalación junto a Peter Darwin y saltó al interior del bote cuando éste ya comenzaba a descender.

Al fin, el bote tocó el agua cuando el barco escoraba por el lado contrario y las llamas aparecían ya en cubierta. El fuego era apagado por el agua del mar que barría cuerpos que luego lanzaba al océano, de donde ya no habrían de salir jamás, pero de nuevo las llamas volvían a surgir como una maldita Ave Fénix.

Peter Darwin recogió una chaqueta que había tirada en el suelo y toda empapada. Era la del teniente Byron, que había querido pasar como un profesor más en medio de la oscuridad y el caos para no tener que aguantar en su posición de primer oficial, ya que el comandante había desaparecido.

—¡Peter! —gritó la rubia Mario al verlo en lo alto de cubierta gracias a las luces que aún funcionaban.

Peter Darwin lió la chaqueta a uno de los cables que habían descendido la falúa de salvamento y apretándolo con fuerza entre sus manos, se deslizó por él, protegido por la tela. De no ser así, sus manos habrían quedado cortadas.

En el momento en que el bote se desenganchaba, caía Peter Darwin en él, provocando algunos gritos de dolor que no pudo averiguar quién los lanzaba.

—¡Hay que remar y alejarse del barco cuanto antes! —gritó Byron.

El marino Soames, alto, fornido, negro de color y con escaso cabello en la cabeza, empuñó uno de los remos mientras el propio Peter hacía otro tanto.

Antes de que pudiera utilizar los remos, se vieron en lo alto de la cresta de una ola, mientras el buque era absorbido por otra.

Varios botes que habían conseguido descender, se desperdigaron cuando el barco, catastróficamente, se partió en dos. Grandes llamaradas iluminaron el cielo nocturno, llamaradas entre montañas de agua, como si el fuego brotara del mismísimo infierno, oculto bajo el mar.

Uno de los botes fue succionado con el navío que se hundió en pocos segundos. El rugido de las olas y el bramido del viento, arrancando el agua de las crestas, disolvió los alaridos de quienes perecían junto al buque escuela, un buque lujoso y cultural que partiendo de Nueva York, se disponía a recorrer el tranquilo Mediterráneo para beber en las fuentes de las antiguas culturas, cimientos de la civilización.

El barco se hundía rodeado de llamas y, paradójicamente, de agua, llevándose consigo docenas y docenas de cuerpos que manoteaban, gritaban y tragaban agua intentando escapar a la muerte que los engullía implacablemente.

En pocos minutos, el bote en que viajaban Peter Darwin, Byron, el

marino Soames la profesora Rebekka Schorn, Mario y otras chicas, se quedó solo en la inmensidad del mar, a merced de las olas montañosas, sin que pudieran controlarlo, ya que era juguete del tempestuoso océano.

—¡Esto se va a volcar y moriremos todos! —gritó la profesora Rebekka.

—Nos tenemos que agarrar bien al bote.

Los movimientos que habían soportado dentro del buque no eran nada comparados con los que estaban sufriendo ahora. Subían a docenas de pies de altura, para bajar después como en unas malignas montañas rusas y en multitud de ocasiones, el bote estuvo a punto de volcarse totalmente, vaciando su carga humana en las frías aguas del Atlántico.

Pasaron las horas.

Nadie hablaba, nadie sabía en realidad cuántos viajaban a bordo del bote salvavidas. No se veían los rostros, sólo se escuchaban quejidos y sollozos de angustia. El miedo tenía pálpito propio dentro del bote.

El viento perdió fuerza y el océano se calmó. Amaneció un día encapotado y fue entonces cuando pudieron verse los unos a los otros. El cansancio y el terror estaban reflejados en sus rostros.

Annie estaba en el fondo del bote, entre los pies, castañeteando sus dientes presa de los nervios. La profesora Rebekka, doctora en arqueología mediterránea, estaba como alelada, incapaz de pronunciar palabra. La rubia Mario fue la que rompió el silencio.

—Por lo menos, nosotros hemos escapado a la muerte.

El marino Soames miró a Byron, aunque éste no usaba chaqueta, ya que Ia había tirado voluntariamente, era bien reconocible.

—Supongo que nos recogerán pronto.

Peter Darwin fue directo al preguntar:

—¿El radiotelegrafista lanzó el S.O.S. oportunamente?

Todos miraron a Byron, interrogantes.

—Supongo que sí.

—No lo sabe cierto —replicó nerviosa la italiana Gigliola.

—Creo que será preferible tomarnos la espera del salvamento con calma —propuso Peter Darwin.

El teniente Byron aclaró:

—El bote está preparado para la supervivencia, sólo tenemos que regularnos. Hay agua, galletas, cecina, lo suficiente para resistir.

—¡Resistir cuántos días? —preguntó de pronto la profesora Rebekka, rompiendo a hablar.

Soames contó rápidamente los que eran y dijo:

—Siendo once a comer y beber, cuatro, quizá cinco días a lo sumo, y estirando mucho.

—No hay cuidado —gruñó Byron—. Las chicas comen poco.

Darwin advirtió:

—Aquí tendremos todos partes iguales.

Byron le miró fijamente y puntualizó agrio:

—Soy el teniente Byron, el segundo de a bordo del International College of Sea. Por lo tanto, soy el comandante de este bote, la máxima autoridad.

—Se equivoca —advirtió Peter Darwin—. Usted no es segundo de ninguna parte, porque el buque International College of Sea ya no existe.

—¡Pero yo continúo siendo teniente de la marina mercante!

—Byron, usted arrojó en cubierta su chaqueta y la gorra para meterse en este bote. Lo siento, pero ahí perdió sus derechos. Admitiremos sus consejos como marino, pero no como comandante.

—¿Se da cuenta de que acaba de llamarme cobarde? —inquirió furioso.

—Sí, supongo que ha quedado bien claro.

—¡Le voy a matar por esto!

Byron asió un remo dispuesto a golpear con él a Peter, que se hallaba en el otro extremo del bote, pero la mano fuerte de Soames agarró el remo y tiró de él, diciendo:

—Aquí hace falta tranquilidad, no peleas, claro que si alguien se quiere tirar al agua, los restantes tocaremos a más en la comida.

—¡Soames, te voy a hacer un expediente por esto!

—Byron, usted no hará expediente de nada —le replicó Peter—. Ahora, compórtese como uno más que quiere salvar su vida, o pudiera ser que por votación unánime le arrojáramos al agua por sujeto peligroso.

—¡No pueden hacer esa barbaridad, les juzgarían, sí, les juzgarían!

—El joven Darwin tiene razón y ahora, no hable tanto —le dijo la profesora Rebekka—. Hemos de pensar hacia dónde vamos, mientras vienen a buscarnos.

—Mario, tratad de hacer reaccionar a Annie, creo que le hace falta —dijo Darwin—. Como no hay sol que pueda quemarnos, conviene aligerar de ropa para secarla en lo posible. Si llega la noche y estamos con las ropas mojadas, vamos a pasar mucho frío.

—¡Darwin, está pidiendo una indecencia! —advirtió la profesora.

—Usted haga lo que quiera, pero yo me voy a quedar con poca ropa y las chicas también. Trataremos de hacer unos tenderetes con los remos.

—Hay cabos de cuerda para sujetarlo todo —dijo Soames.

Una hora más tarde, la ropa estaba tendida y las chicas se hallaban en sujetadores y panties, incluyendo a la cincuentona profesora que miraba a popa rehuyendo los ojos de todos. Sus carnes estaban muy

lejos de poseer la tersura de las jóvenes alumnas de distintas nacionalidades.

Comieron y se tranquilizaron un tanto. El horror del hundimiento del buque estaba quedando atrás. No vieron a ninguno de los otros botes que, posiblemente, se habían salvado. Lo que importaba ahora era la supervivencia.

Pasó el día y llegó la noche. El cielo se limpió de nubes y apareció un cielo estrellado y una luna brillante. Nació un nuevo día y, al morir éste, las esperanzas de ser rescatados fueron vacilando.

Al tercer día empezaron los sollozos de desesperanza y miedo.

Vieron tiburones en derredor de la falúa. El mar tenía una calma relativa. Al cuarto día terminaron las provisiones y la tensión a bordo aumentó. Había gestos agrios y de desesperanza.

—¡No puedo, no puedo más, no puedo más...!

La que había gritado era Dy, una chica canadiense delgada y poca cosa. Sin que nadie pudiera impedirlo, se arrojó al agua ante el temor de morir de sed y hambre.

Peter Darwin se dispuso a lanzarse al agua para salvarla. Soames, práctico, le contuvo. El agua se tiñó de rojo rápidamente. La aleta de un tiburón había cortado la superficie hacia la estudiante y la doble hilera de agudos dientes la partieron en dos.

La profesora germánica se desmayó dentro del bote. Las compañeras volvieron sus rostros, horrorizadas.

La joven canadiense les miró por última vez. No dijo nada, ni siquiera gritó antes de que, a la llamada de la sangre, arremetieran contra ella los demás tiburones que rodeaban la falúa.

—Hay que marcharse de aquí, esto se va a convertir en un vivero de esas malditas bestias —masculló Byron.

Nadie dijo nada. Los remos actuaron y se alejaron de la mancha de sangre.

Llegó una nueva noche. Nadie nombró a Dy, pero la reciente tragedia estaba presente en las mentes de todos. El día siguiente amaneció con una densísima niebla.

—¡Moriremos todos, todos! —gritó Gigliola poniéndose en pie como el día antes hiciera la canadiense Dy.

Antes de que cometiera una locura, Peter Darwin la agarró por una pierna cuando, de pronto, todavía lejana, escucharon la bronca sirena de un barco. Los rostros de todos se iluminaron.

—¡Un barco! —gritó la profesora Rebekka, poniéndose en pie. De no haber sido por Soames, hubiera caído al agua.

La grave sirena de un navío sonaba con intermitencia. Cinco segundos rasgando el silencio del océano y diez segundos muda.

—¡Hay que hacer algo! —dijo Byron—. ¡Hay que hacer algo para que nos vean, si no van a pasar junto a nosotros y con esta maldita

niebla no nos localizarán! ¡Vamos, gritemos todos, todos a gritar!

Diez voces unidas comenzaron a gritar en demanda de salvación, de una esperanza de vida. Ya no había alimentos ni agua potable. La muerte les estaba envolviendo con su pútrido aliento mientras oían la sirena de un barco que la niebla no les permitía ver.

CAPITULO III

Todos temían que el buque pasara junto a ellos sin detenerse, sin reparar en el bote salvavidas en medio de aquella niebla densa, casi viscosa, una niebla que parecía poder desgarrarse con las manos, manos que se alzaban al aire como aferrándose a algo, haciendo movimientos y señales que nadie veía.

La sirena seguía sonando ahora más cerca. Al fin, divisaron la enorme masa oscura de un barco.

—¡Ahí está, ahí está! —gritó Byron.

El navío se acercaba, era como si se dispusiera a arremeter contra ellos con su proa, grande, pero no demasiado afilada, una proa de acero montada sobre un casco de madera pintado de negro.

—i Los remos, los remos, hay que apartarse o nos hundirá! —chilló Peter Darwin.

Entre las chicas y la profesora Rebekka había tanta alegría por encontrarse con el buque que había de salvarlas, que no temían que la proa arremetiera contra ellas, quizá por la ignorancia del terrible daño que podía ocasionarles, hundiéndoles a todos, haciéndoles desaparecer en la maldita y espesa niebla que los envolvía de forma asfixiante.

El oficial Byron parecía querer agarrarse al barco con sus manos, temiendo que escapara, y con él las posibilidades de supervivencia.

Soames y Peter Darwin consiguieron apartar el bote del buque que avanzaba lentamente hacia ellos, quizá a cuatro o cinco nudos. Con los remos, se separaron del casco y el oficial Byron chilló:

—¡Si nos apartamos, lo perderemos!

—¡Socorro, auxilio! —gritaron las chicas, ahuecando las manos alrededor de la boca para formar bocinas.

El barco ahogaba las voces con su sirena que abría paso entre la niebla, advirtiendo a cualquier embarcación que navegara cerca que existía la posibilidad de choque.

Nadie les respondía, nadie asomaba a lo alto de la cubierta, una cubierta que, por causa de la niebla, no alcanzaban a ver.

En aquellos instantes olvidaron el frío, el hambre y el cansancio. Alzaban sus manos desesperadas de náufragos buscando la salvación.

—¡Ahí hay una escalera! —gritó Peter, demostrando tener una vista excelente.

En efecto, pegada al casco, colgaba una escalera de cuerda y peldaños de madera que casi se confundía con el casco, debido a que también estaba pintada de negro, con la cuerda embreada para preservarle de la destructiva agua salobre.

De no ser ayudada a tiempo por la joven Mario, la profesora

Rebekka se habría precipitado a las aguas que semejaban humear de forma fantasmal, tal era su avidez por escapar del bote.

Soames alargó su poderoso brazo y los dedos negros, rudos y fuertes, asieron la escalera. Tirando de ella, acercó el bote, sujetándolo a la escalera.

—¡Salvados! —gritó Byron.

Fue el primero en querer trepar por la escalerilla, pero Peter le agarró por una pierna y tiró de él haciéndolo caer pesadamente.

—¡Maldito! —chilló Byron.

—Cuidado, Byron, primero las mujeres. Ya lo olvidó una vez, no repita el descuido.

—Cuando estemos arriba le juro que le voy a romper la cara de un puñetazo —masculló Byron, comprendiendo que, en medio de todos y a punto de zozobrar, no era el momento idóneo para una pelea.

—Aprisa, que tengo que sujetar el bote a la cuerda. El buque no está detenido, sigue navegando, y si nos quedamos atrás, lo perderemos. Ya lo habríamos perdido de no mantenerlo yo sujeto.

—Subiré yo la primera —dijo la francesita Emile.

Emile era poca cosa, apenas pasaría de los cuarenta kilos, pero era ágil y, agarrándose a la cuerda embreada que manchó sus manos, comenzó a subir por los peldaños de madera, húmedos y viscosos. En ellos había adherida vegetación marina que hacía que las suelas de los zapatos resbalaran, pero Emile continuó ascendiendo hasta llegar a la baranda del buque.

Se aferró a ella para subir a cubierta cuando una figura humana brotó de entre la niebla. Era como si fuera un

espectro.

Emile comenzó a explicarse atropelladamente.

—Somos náufragos, ¿no nos han oído? Nuestro barco escuela se…

Quedó en suspenso. La figura se hizo más clara, estaba a dos pasos de ella y seguía adelantando. Era un hombre alto, fuerte, corpulento, pero su rostro le causó pánico.

Era un rostro lleno de cicatrices. Su cabeza, exenta totalmente de cabello, también tenía cicatrices. Los ojos, pese a tener una mirada perdida, semejaban buscarla.

Emile lanzó un grito y saltó hacia atrás. Pasó junto a las cabezas de sus compañeras, casi arrancándolas de la escalera, pero éstas aguantaron.

Luego, un golpe terrible y sordo. El bote se balanceó peligrosamente.

—Emile, ¿qué ha pasado? —inquirió Peter.

Byron gruñó:

—Está muerta.

Emile tenía los ojos abiertos, pero su cabeza estaba ladeada,

inmóvil. Peter la tocó y comprobó que ya no ofrecía resistencia. Tenía rota la base del cuello, se había golpeado contra el canto de la falúa.

—Esto es duro, pero si está muerta, olvídenla y sigamos arriba —apremió el negro Soames.

—Tiene razón —admitió Peter.

Desde lo alto, Mario preguntó a voz en grito:

—¿Qué pasa?

—Sube, ya os lo diremos. Emile ha sufrido un accidente. Los escalones deben estar muy resbaladizos.

Mario siguió trepando y llegó hasta donde había subido la infortunada Emile. Tuvo tiempo de ver una sombra humana que se diluía entre la niebla de cubierta.

—¡Oiga, oiga!

No obtuvo respuesta.

Aquella figura espectral desapareció y Mario sintió miedo dentro de la alegría de saberse a bordo de un buque, de algo más sólido que un bote navegando al garete en medio del océano.

Pensó en Emile, la había oído hablar, quizá con aquel sujeto que se había disuelto enigmáticamente, sin siquiera darles la bienvenida.

La profesora Rebekka, asustada, se agarró a las cuerdas y sus piernas flaquearon.

—¡No, no podré subir, no podré, me mataré como Emile, me mataré!

—Soames, ayúdela, yo aguantaré el bote —pidió Peter.

—De acuerdo. —El marino miró a la profesora germánica y gruñó —: No se moleste por lo que voy a hacer. Usted vaya subiendo y no se suelte.

—¿Qué es lo que va a hacer?

Soames no respondió, pero Rebekka lo supo inmediatamente.

El marino había apoyado su cabeza bajo las posaderas de la profesora y comenzó a trepar. Ella se sintió como sentada sobre un elevador. Dio un pequeño respingo y casi sin darse cuenta, fue ascendiendo con una facilidad que no había previsto.

—Byron, ya puede subir.

—Creí que pretendía dejarme para el último —gruñó el oficial.

—Vamos arriba y no discutamos, todo ha pasado ya.

Byron subió por la escalera y Peter tras él. Nada más quitar el pie del bote, éste se fue separando del buque hasta perderse entre la niebla.

De súbito, Byron vaciló sobre un peldaño y a punto estuvo de pisar la mano de Peter Darwin. Este comprendió la intención del oficial. Si caía al agua, era hombre muerto, nadie lo recogería.

—Byron, si baja otro peldaño, lo tiro al agua.

Peter no había dicho que Byron hubiera intentado deshacerse de

él, pero así lo comprendió el oficial que, no queriendo ser él quien terminara en el agua, ascendió hasta la cubierta donde aguardaban los demás.

El bote salvavidas navegó al garete transportando el cadáver de una joven estudiante francesa que miraba a un cielo que no podía ver. La niebla y la muerte se lo impedían. Quizá, buceando en el fondo de sus pupilas aún podría encontrarse la imagen de un ser monstruoso, horripilante, surgido de la bruma.

—Bien, ¿dónde están los tripulantes de este buque? —preguntó Byron.

Mario le respondió señalando hacia la prolongación de la cubierta.

—Yo he visto un ser que desaparecía. Creo que Emile ha hablado con él antes de que se alejara, pero ¿cómo está Emile? —preguntó inquieta.

Las chicas miraron a los hombres interrogantes. Byron, algo rudo, explicó:

—Se ha roto la cabeza al caer desde lo alto.

—Qué mala suerte —comentó Mario—. Ella que había subido la primera...

—La escalera resbalaba mucho —observó Peter.

—Lo importante es que estemos a salvo. Quizá ese marino que tú has visto, Mario, haya ido a avisar a su capitán de nuestra llegada a bordo —dijo Justine, más animosa.

—No creo que el capitán de este barco sea un almirante —gruñó Byron—. Este navío es viejo, debe tener más años que yo y diría que hasta está podrido.

Golpeó el suelo con el tacón de su zapato y la madera gruñó de forma desagradable.

—¿De qué nacionalidad será este barco? —preguntó la profesora.

—No lo sabemos, no hemos tenido tiempo de ver la bandera de popa, ni siquiera hemos podido leer su nombre debido a la niebla.

Tras hablar Peter Darwin, Byron opinó:

—Eso lo sabremos pronto, en cuanto hablemos con el capitán de este cascarón de madera. Hacía tiempo que no subía a un barco de este tipo, creía que sólo los construían para pesqueros.

—¿Y este barco qué es? —inquirió Rebekka.

Soames opinó:

—Parece un buque de carga y es de bastante capacidad. Tendrá una eslora de unos ciento veinte a ciento cincuenta pies.

—¿Y eso es mucho? —preguntó la italiana Gigliola.

—Sería bastante si fuese un barco de acero —opinó Byron—, pero de madera... No me gustaría sufrir una tormenta con este barquichuelo.

—Pues con el barco escuela, que era de acero y muy moderno, no

salimos bien parados de la tormenta —replicó Mario.

—Sí, pero estos barcos de madera, cuando hay tormenta, gruñen de una forma que hielan la sangre en las venas. Nadie sabe bien lo que es un barco de madera hasta que lo ha oído crujir, semejando que va a saltar como un castillo de naipes, mientras...

—Por favor, Byron —le atajó Peter Darwin—, no vaya a contarnos ahora la historia de! holandés errante.

—Déjense de misterios para niños y busquemos al capitán. Io peor ya lo hemos pasado —dijo Soames.

—¡Capitán! —gritó Mario—. ¿Es que no hay nadie por aquí?

—Qué raro —siguió gruñendo Byron—. A estas horas, el capitán ya estará avisado de nuestra llegada a bordo y a unos náufragos se les recibe bien. Son las leyes del mar.

—Quizá el que capitanee este buque sea tan viejo que las haya olvidado —opinó Justine.

—A mí, esto no me agrada nada —opinó recelosa la ale-manita Elizabeth, mirando en derredor con sus ojos azules y tratando de quedar en medio de! grupo. La niebla la asustaba.

—Creo que lo mejor será ir en busca del capitán por nosotros mismos. La cubierta no será tan grande como para no encontrar el puente.

No tardaron en hallar el puente. Dentro de él no había nadie y todos se miraron preocupados.

—Qué raro, nadie pilota la nave.

Peter Darwin se enfrentó con el timón, grande y anticuado como el propio buque.

Quiso hacerlo girar para comprobar la maniobrabilidad del navío, mas no lo consiguió.

—Está bloqueado.

Soames se acercó a él y quiso ayudarle a girarlo.

—En ocasiones, están duros —dijo—. Yo serví hace tiempo en un viejo barco de madera.

Ni con Ía poderosa ayuda de Soames lograron mover el timón. Byron, despectivo, observó:

—Cuando se tiene una ruta fija a seguir, hay muchos capitanes que bloquean el timón.

—Pero, en alguna parte estarán los marinos de este buque, ¿no? —preguntó la profesora Rebekka.

Justine opinó:

—Aquí dentro estamos a salvo de la niebla.

Al fin apareció una sombra, una figura humana que se acercó a ellos por el pasillo exterior y angosto que había frente a los cristales del puente desde el que se gobernaba el navío.

—Ahí lo tenemos —dijo Byron.

El hombre se aproximó al cristal para escrutar el interior del puente y todos pudieron verle bien.

Rebekka y las demás chicas retrocedieron instintivamente al contemplar aquel rostro que las miraba a través del cristal, un rostro que semejaba flotar en medio de la espectral niebla. Tenía cicatrices que lo deformaban horriblemente, convirtiéndolo en un ser repulsivo.

—Quizá hemos escapado de un problema para meternos en otro —gruñó Peter Darwin.

Soames opinó:

—Pudiera tratarse del barco de unos contrabandistas internacionales.

—Tonterías —rebatió Byron suficiente—. Los contrabandistas utilizan barcos veloces para escapar de los guardacostas, y este cascarón navega muy despacio. —Se acercó al cristal y lo golpeó, llamando—: ¡Eh, oiga, somos supervivientes del International College of Sea!

Aquel espectro humano, surgido de entre la bruma, desapareció de la misma forma en que había aparecido. De pronto, la sirena dejó de tocar. El propio Darwin, que no era hombre dedicado a la mar, notó en las plantas de sus pies algo insólito.

—El barco ha detenido sus máquinas.

—Es cierto —admitió Byron— y no lo entiendo. No creo que estamos en puerto alguno, debemos hallarnos en mitad del océano, en medio de un banco de niebla y el cascarón se detiene. ¿Por qué?

Nadie supo darle respuesta.

Todos habían visto el rostro monstruoso y todos comenzaron a pensar en la muerte de Emile. ¿Quién era aquel hombre que aparecía en la cubierta del buque gracias a la densa niebla? ¿Qué quería, por qué no les hablaba, qué misterio encerraba?

Notaron miedo, un miedo extraño recorriendo sus cuerpos. Era un miedo que enfriaba algunos pensamientos. Recordaron la falúa salvavidas, pero ésta ya estaba lejos, perdida en el océano.

No podían escapar de aquel extraño buque de madera al que habían subido en busca de la salvación e intuyeron que algo desagradable, quizá horrible, les aguardaba.

CAPITULO IV

Los rostros agotados de las jóvenes estaban lívidos. El mar, el hambre y la sed las habían atacado con dureza y ahora, aquella insólita y misteriosa aparición a través de la niebla, estaba a punto de segar como la guadaña de la muerte, el cuello de la esperanza, salpicándola de horror y sangre.

—Hay que buscar a ese hombre o al resto de la tripulación para averiguar qué es este barco, a qué se dedica y cuál es su rumbo —puntualizó Peter Darwin.

—Yo prefiero no moverme de aquí. Estoy protegida de la niebla, y ya ven qué voz tengo —observó la profesora Rebekka. Tras su ronquera, había miedo, mas nadie lo comentó; no era ella la única que lo sentía.

—Byron, usted es el hombre de mar y aclarará más la situación. Supongo que sabrá mejor que nadie cómo es un buque y cómo caminar por sus complicadas dependencias hasta encontrar a la tripulación.

—No querrán que salga ahí fuera solo, ¿verdad? Ese tipo no me merece ninguna confianza —gruñó Byron.

—No tema, yo iré con usted —dijo Peter Darwin.

—Yo también —dijo Mario.

Gigliola se movió presta, ofreciéndose:

—Yo también voy.

—Soames... —dijo Peter significativamente.

—Entendido, me quedo cuidándolas —aceptó el fornido marinero de color.

—Creo, profesora Rebekka, que junto a Soames se sentirá protegida.

Rebekka miró al negro y con movimiento instintivo, se acercó a él. Alto, fornido, casi carente de cabello, inspiraba fuerza, poder. En otra ocasión, quizá habría podido inspirarle recelo, pero no en aquellos momentos en que el temor se hallaba al otro lado de los cristales del puente de mando de aquel desconocido y misterioso buque surgido de entre la niebla.

—Creo que deberíamos proveernos de algún arma por si nos atacan. Quién sabe lo que pueden ser los tripulantes del buque.

—Aquí no hay nada que sirva de arma, Byron. Salgamos afuera y pongámonos en contacto con esa gente. Quizá ellos nos teman a nosotros como nosotros a ellos.

—Sólo sería así si fueran locos —observó la profesora germánica.

La palabra «loco» ya estaba pronunciada, y había resultado molesta y desagradable en el ambiente ya tenso. Nadie repitió la

fatídica palabra y las dos chicas, acompañadas de los dos hombres, abandonaron el puente para realizar la primera exploración del buque en busca de su, aparentemente, ausente tripulación.

Ya sobre cubierta, el grupo-permaneció unido, algo apretado. La bruma semejaba no ser tan densa, tan pegajosa. Un sol desvaído, apenas perceptible, trataba de abrirse paso sin conseguirlo.

La visión podía alargarse unas docenas de yardas más que antes. El buque semejaba estar quieto, detenido en medio del océano. Fue entonces cuando se fijaron en su estructura.

—Qué extraño es este barco —observó Mario—. Tiene como cinco grandes chimeneas.

Byron, perplejo, rebatió la opinión:

—No son chimeneas.

—¿Qué son entonces? —preguntó la italiana Gigliola, apartando con la diestra el mechón de cabello que intentaba cubrir su rostro.

—Rotores, sí, no cabe duda, son rotores.

Peter Darwin pestañeó, también perplejo.

—No me diga que éste es un buque de rotores.

—Así parece —aceptó Byron.

—Pero, los buques de rotores fueron un fracaso. Apenas se hicieron unos cuantos a la mar y de eso hace muchos años.

—Así es. En toda mi vida, que yo sepa, no se ha botado ningún buque de rotores en el mundo. Todos son anteriores a mi nacimiento.

Mario, preocupada, dedujo:

—Lo que equivale a decir que este buque es sumamente viejo.

—Para ser un buque que está en el océano, no parece ofrecer muchas garantías de seguridad —sentenció el oficial Byron—, y no alcanzará más que una velocidad mínima. —Golpeó el suelo con su zapato—. Está medio podrido y posiblemente su casco no habrá sido limpiado en muchos años, estará repleto de vegetación que disminuirá su velocidad normal en más de dos tercios.

—Vamos, que casi es una boya flotando en medio del océano con forma de barco.

Las palabras de Gigliola hicieron que Peter Darwin objetara:

—Sin embargo, hemos notado vibración de motores.

—Posiblemente tenga una hélice auxiliar para ser maniobrable. Los primeros barcos de rotores que trataron de suplantar a los veleros, no llevaban hélice auxiliar, pero a los posteriores se las añadieron. Eran motores de escasa potencia, sólo para efectuar maniobras o salir de una calma chicha.

—Pero, ¿cómo funciona este barco? —preguntó Mario—. Yo no entiendo eso de los rotores.

Peter Darwin explicó:

—Este sistema fue llevado a la práctica según el efecto Magnus, y

el buque avanza gracias al impulso de! viento que hace girar los rotores. ¡No es eso, Byron?

—Correcto. En la práctica, estos barcos resultaron un fracaso. No sabía que hubiera uno solo en navegación, es muy raro.

—Y ahora que hay calma en el océano, que no sopla viento y hay mucha niebla, ¿por qué no utiliza el motor auxiliar para escapar de este lugar?

A la pregunta de Mario, que buscaba ávida el sol con sus ojos, como si éste fuera el gran poder que descorriera el velo del misterio del extraño buque, Byron gruñó en voz alta, receloso:

—¿Quién sabe cuáles serán las intenciones del capitán de este barco?

—Lo que ha quedado claro es que nos hallamos a bordo de un buque grande, pero tan viejo y pesado que apenas sirve para la navegación.

Gigliola había hablado con sinceridad, debían admitirlo, pero la situación se hacía más difícil. El sol no terminaba de salir, la niebla les rodeaba, estirándose algodonada, desgajada por los cinco altos rotores que semejaban chimeneas para quienes avistaran el buque desde lontananza.

—Hemos visto a un hombre y han funcionado máquinas, de modo que sigamos adelante y descifraremos todas las incógnitas de este buque.

Recorrieron la cubierta solitaria. Todo tenía un aspecto podrido, abandonado, ajado por años y años de navegación.

—Hay que meterse dentro para hallar a esa gente —gruñó Byron.

Se enfrentaron con una puerta. Peter Darwin fue el primero en cruzar bajo su dintel. Mario y Gigliola le siguieron, cerrando el grupo el oficial Byron.

Se encontraron con un corredor al que daban varios camarotes. Dos de las puertas estaban cerradas. Otras, abiertas, mostraron camarotes pobres y sucios.

Peter Darwin se acercó a uno de los catres y lo tocó con su mano. Mirando a sus compañeros, dio su opinión:

—Aquí ha dormido alguien. La cama conserva cierto calor.

—No es nada extraño. Sabemos que por lo menos hay un hombre a bordo, ya lo hemos visto.

Byron se sentía molesto. El joven Darwin, alto, fornido y de acusadas facciones se estaba erigiendo en jefe del grupo y ahora que en cierto modo estaban a salvo, por lo menos de la ira de los elementos, deseaba recuperar la categoría jerárquica que le daba su titulación como teniente de la marina mercante.

—Silencio, oigo algo —pidió Peter.

Todos quedaron quietos, casi conteniendo el aliento.

Peter se arrodilló y pegó su oreja al piso. Se dijo a sí mismo que su fino oído no le había engañado.

—¿Qué oyes? —le preguntó Mario.

—Es difícil concretarlo desde aquí, pero es como si aserraran algo.

Byron, suspicaz también, se arrodilló y escuchó atentamente para emitir luego su opinión.

—Parece que es en una de las bodegas.

—Vayamos a ver.

Caminaron hasta el final del pasillo, muy escaso de luz. Luego enfilaron por una resbaladiza y descendente escalera que conducía hacia las entrañas del buque.

Llegaron a una sala de distribución.

Había una puerta abierta y de ella provenía el ruido que les alertara. Allí había luz eléctrica, bombillas de escasa potencia que creaban desagradables sombras contra las paredes de madera.

El barco no se movía, la mar estaba en calma. La niebla continuaba envolviéndolo y quien quiera que gobernada la nave, no parecía tener prisa por llegar a ninguna parte.

—Hay tres hombres —cuchicheó Mario.

—¡Eh, ustedes! —llamó Byron adquiriendo ánimos.

En la lóbrega bodega había tres hombres como observara Mario, tres hombres embebidos en su trabajo. Cortaban maderas, madera que en aquella bodega abundaba.

—¿Será un carguero de maderas? —pregunto Gigliola.

—Puede ser. El transporte de maderas finas por mar es algo corriente —observó Byron.

Pese a acercarse a los tres hombres, éstos semejaron ignorar su presencia. Mario y Gigliola se sobrecogieron.

Aquellos seres tenían algo en común. Les faltaba el pelo en toda su cabeza y abundantes cicatrices en la piel de su cara y cráneo les hacían repulsivos.

—Oigan, ¿dónde está su capitán? —preguntó Byron.

Los hombres siguieron trabajando, sin responder. Era como si para ellos no existieran. Sin embargo, ¡os tres portaban al cinto gruesas espadas malayas de cortante filo.

Peter Darwin se acercó a uno de ellos. Lo cogió por el brazo obligándole a girarse y mirarle frente a frente, inquiriendo:

—¿Dónde está el capitán?

Aquel extraño sujeto, carente de cabello, con cicatrices y aspecto repulsivo, abrió la boca como para hablar, pero tan sólo emitió extraños sonidos guturales, similares a los que hubiera podido articular un demente sordomudo.

Mario y Gigliola, instintivamente, echaron sus cuerpos hacia atrás.

Byron, molesto, con más miedo que preocupación, arremetió

contra otro de los hombres que, cogido por sorpresa, lo que parecía increíble, cayó al suelo.

Al girar su rostro, abrió la boca, pero no pudo decir nada.

—¡Son mudos! —exclamó Gigliola.

—Y quizá sordos —agregó Mario.

—Pueden ser locos peligrosos —gruñó Byron—, Será mejor que nos vayamos de aquí.

Uno de los tres extraños marinos fijó su mirada, paradójicamente perdida, en los náufragos, quienes se sobrecogieron al ver que de su cinto sacaba el pesado y cortante sable malayo.

—¡Afuera, afuera, hay que salir de aquí! —gritó Peter Darwin.

Fue el último el salir, cuando el hombre avanzaba hacia ellos con el acero por delante, a media altura, dispuesto a partir de un solo tajo cuanto se le pusiera por delante.

CAPITULO V

—Estamos en un barco tripulado por locos —barbotó Byron, con más temor que enojo.

—¿Y qué haremos ahora?

A la pregunta de Mario, Gigliola se apresuró a decir:

—Yo prefiero marcharme de este buque a menos que salga alguien distinto a esos hombres que hemos visto.

—Veremos si arriba encontramos a alguien. No creo que esos tres hombres sean los únicos que viajen en este buque, es muy grande.

Subieron de nuevo a cubierta. La mirada de Byron buscó rápida algo en concreto y Peter Darwin, adivinándolo, preguntó:

—¿Busca botes salvavidas?

—Sí. Este cascarón debe tener alguna falúa.

—Pues al parecer, no están a la vista, no hay botes salvavidas.

—¿Y el nuestro?

Todos miraron a Gigliola que acababa de hablar. Mario dijo:

—Se habrá perdido en el océano, ¿verdad?

Buscaba una negativa a sus palabras, pero Peter, tras asomarse por la borda, sentenció:

—Estamos atrapados en este viejo barco de rotores, nuestro bote se perdió. Hemos de buscar agua y alimentos y si esos hombres están bien comidos, es que no faltan víveres a bordo.

—No pretenderá visitarles de nuevo, ¿verdad, Darwin? —masculló Byron—. No son precisamente amistosos.

—No hacía falta que tirara al suelo a uno de ellos. Quién sabe lo que les sucede, quién sabe por qué no hablan.

—Sea lo que fuere, son horribles —aclaró Gigliola, excitada.

—Ha debido ocurrirles algo raro. Sus cicatrices, la ausencia de cabello... No sé qué pensar.

—Son peligrosos. Ellos tienen armas y nosotros no, claro que podríamos intentar algo para apoderarnos del barco. Cuando se levante la niebla, yo podría dirigir este cascarón hacia Europa o de retorno a los Estados Unidos.

—¿Llevará radio?

—Quién sabe, es un buque muy extraño. Por lo menos, luz eléctrica sí tiene —dijo Byron.

—Será mejor que regresemos junto a los demás y todos unidos recorreremos la nave en busca de comida.

Volvieron al puente, donde fueron recibidos con alegría.

—¿Han hablado con el capitán? —preguntó la profesora germánica.

—No hemos visto a ningún capitán —aclaró Peter Darwin.

Gigliola explicó:

—Sólo hemos visto a tres hombres más que se pareen al que se acercado al cristal.

—Si no escapamos, nos cortan a pedazos —gruñó Byron—. Quizá les falte carne que comer y piensan en nosotros.

—Byron, su opinión es de mal gusto en estas circunstancias —objetó Darwin.

—¿Qué le sucede, es que en una situación difícil no tiene un poco de buen humor?

—No parecía usted tan jovial cuando nos hallábamos en el bote —le replicó Peter.

—Aquí, en cierto modo, estamos seguros. Si ellos son tres, nosotros somos más contando con las mujeres. Ahora que estamos juntos, ¿qué les parece si vamos en busca de comida? Habrá una cocina, digo yo.

—Es un buque fantasma, ¿verdad? —inquirió gravemente Soames.

—¿Qué te pasa, condenado marino negro? —le preguntó Byron—. ¿Es que crees en supersticiones, vudús y todas esas zarandajas?

—Cuando un buque está perdido en el océano, ocultándose en la niebla, es que algo maligno se cobija en él.

—¿Y quién te ha dicho que este barco se esconde en la niebla, Soames? —preguntó Byron irónico.

—Teniente, no sé si se ha dado cuenta, pero la niebla comenzaba a despejarse por el sur y el sur lo teníamos en la proa.

—¿Qué ocurre, Soames, acaso vas a darme lecciones de marinería, de navegación, precisamente tú, un marino raso?

—Ahora ya no tenemos la proa al sur sino la popa, es decir, retornamos al seno de la niebla para permanecer siempre ocultos en ella. Es el destino de este buque maligno al que no debimos subir.

—¡No puede ser, el barco no se ha movido! —masculló Byron enojado—. Las máquinas, desde que se detuvieron, no han vuelto a ponerse en marcha.

—Pero, ¿cómo está seguro de lo que ha dicho? —preguntó Mario encarada con Soames.

—El sol, aunque ya no lo vemos, se nota al lado contrario que antes. Cuando ustedes se fueron a buscar por el buque, teníamos el sol frente al puente, íbamos saliendo del banco de niebla, pero el buque ha girado y regresamos a él.

—¡No puede ser! —Byron cogió el timón y trató de hacerlo girar, mas la rueda no cedió—. ¡Maldita sea, si está bloqueado, ¿cómo iba a girar? El mar está en completa calma. no puede manejar este pesado barco como una cáscara de nuez.

—Lo cierto es que Soames tiene razón —dijo Peter—. El timón ha sido movido y no desde aquí, que aparece bloqueado. El barco no va

al garete como pudiera parecemos, tiene un rumbo, por lo menos un rumbo en la mente de su capitán, un capitán que por lo visto prefiere permanecer oculto y no dejarse ver ante nosotros.

—Quizá sea más horrible aún que los hombres que hemos visto, estará loco como ellos.

Gigliola se había puesto más nerviosa y contagió su excitación a las demás jóvenes, especialmente a la profesora Rebekka.

—¿Son dementes o monstruos? —inquirió la cincuentona con los labios trémulos.

—Hay que ser racionalistas y no fantasear —pidió Peter Darwin.

—Yo no le temo a los hombres, pero sí a los malos espíritus.

—Por Belcebú, ahora nos ha salido un negro supersticioso.

Soames se adelantó, y cogiendo a Byron por la camisa, lo levantó ligeramente en el aire, amenazador:

—Le he dicho que no temo a los hombres.

—¡Suéltame o te harán un juicio y ya jamás podrás volver a subir a un barco!

—Usted lo ha provocado —dijo Peter Darwin fríamente—. Ahora, si dejamos de discutir, creo que podremos ir en busca de lo importante, la cocina.

La palabra «cocina» tenía demasiado encanto para los náufragos como para que se resistieran a buscarla, pese a la ya comprobada presencia en el buque de aquellos supuestos dementes, sordos y mudos.

Buscaron con cautela, guiados esta vez por la intuición de Soames, y hallaron la cocina-comedor. El horno estaba caliente.

—¡Hay pan bueno! —exclamó Mario, más vivaz que sus compañeras.

Soames destapó una gran olla, anunciando:

—Aquí tenemos pescado hervido, todavía caliente.

—No me gusta el pescado hervido —gruñó Byron.

—Creo que no va a quedar otro remedio que comernos lo que esos seres han preparado para ellos antes de que vengan a buscarlo.

Peter tomó la olla, poniéndola sobre la mesa. Las chicas se apresuraron a buscar recipientes que hicieran las veces de plato y Mario repartió el pan.

—Supongo que esos hombres se alimentarán exclusivamente del pescado que saquen ellos mismos del agua.

—Es posible —aceptó Peter a las palabras de Byron.

—A mí, lo que no me gustaría es que notaran a faltar carne para comer —dijo con mal disimulado temor la profesora germánica.

Por su parte, Justine murmuró:

—Quizá estaban esperando carne y no les importe que sea humana.

—¡Basta! —pidió Byron, golpeando con su diestra sobre la tosca mesa—. Aunque esta huele a pescado podrido, mejor será que comamos lo que hay dentro. Luego ya tendremos más fuerza para repeler cualquier agresión.

Se alimentaron de lo que habían hallado, pero a nadie le gustó aquel pescado. Hallaron también agua dulce que bebieron con avidez y al término de la comida, ya más tranquilos, Byron dijo:

—Podemos seguir buscando en el barco. Ellos nos deben de temer, ya que no se han acercado por la cocina.

—Ya tenemos una primera necesidad cubierta. Ahora hay que averiguar cuál es el misterio de este barco.

—Si hay camarotes, las mujeres podríamos quedarnos dentro de alguno, descansando, mientras los demás buscan.

La opinión de la profesora Rebekka fue aceptada y se dirigieron a uno de los camarotes.

—Esta es una de las puertas cerradas. Creo que la situación en que nos hallamos nos otorga el derecho de forzarla para saber qué se oculta tras ella.

La puerta resultó más resistente de lo que a simple vista parecía. Soames decidió cargar contra ella y al fin la violentó.

—Es un camarote más —observaron los tres hombres, decepcionados.

Byron, siempre molesto, removiendo cuanto había en aquel destartalado y maloliente camarote, espetó:

—No creo que este buque no tenga un comandante. Si la apreciación de Soames es buena, el barco está gobernado desde alguna parte y en ese lugar hemos de encontrar al comandante que nos explicará qué es lo que pasa aquí.

—Sí, y creo que la solución la tendremos que buscar abajo —dijo Darwin.

A Byron no le hacía ninguna gracia hurgar en las entrañas del extraño buque que utilizaba para su deslizamiento sobre el océano el desaparecido sistema de los cilindros rotores, inventado por el alemán Frettner.

Mientras, en el camarote que habían escogido para refugiarse más que para descansar, la pelirroja Annie gimió:

—Me siento mal. Creo que esa comida no me ha sentado muy bien. El pescado debía hallarse en mal estado.

—Ahí al lado hay un lavabo —le indicó Mario.

Annie abandonó el camarote, perturbada por las náuseas.

Al salir al corredor, se encontró con dos de aquellos extraños hombres que no hablaban, carecían de cabello al parecer en todo su cuerpo y tenían monstruosas cicatrices en su cara y cráneo.

Quiso retroceder, pero fue golpeada en la base del cuello con el

canto de la mano por uno de los navegantes, con tanta dureza que perdió el sentido, quedando a su merced, totalmente inconsciente, mientras dentro del camarote las demás mujeres del grupo seguían hablando entre ellas, ignorantes de lo que le ocurría a la infeliz Annie, que fue cargada por los dos hombres, que se alejaron descendiendo por una escalera hacía las entrañas de la nave.

CAPITULO VI

Las luces se apagaron bruscamente y fue inútil que buscaran el conmutador y lo movieran, pues las bombillas no volvieron a encenderse.

—Nos hemos quedado a oscuras. Será mejor regresar arriba — observó Soames.

—Si, por lo menos a buscar algo con qué iluminarnos, aunque supongo que este corte de luz tendrá un motivo.

—Nos han dejado a oscuras exprofeso —gruñó Byron—, No quieren que descubramos su secreto.

—Hasta ahora, sólo hemos descubierto un cargamento de madera —indicó el marino de color.

—Sí, pero en alguna parte debe estar la maquinaria.

—Sólo hemos encontrado cargamento de tablones y más tablones, pero no hemos descubierto la maquinaria del buque. La hemos notado vibrar; por lo tanto, existe.

—Estará debajo de todo el cargamento de madera opinó Soames.

—Y posiblemente han ocultado la forma de llegar hasta ella cubriéndola con tablones.

—Sea lo que fuere, ya seguiremos investigando. Ahora será mejor que regresemos arriba. Nosotros no conocemos el barco ni sus interioridades y esos tipos, con sus machetes malayos, andan sueltos, en Fin, vamos arriba. Creo que, como estamos atrapados en este buque, tendremos tiempo sobrado para investigarlo a fondo.

Las mujeres les recibieron taciturnas, en silencio, evidentemente preocupadas.

-—¿Qué pasa? —preguntó Darwin.

Mario dijo:

—Annie ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido? ¿Cómo? —preguntó Byron.

Rebekka explicó:

—Ha salido porque se encontraba mal y no ha regresado.

—Se habrá perdido por el buque. Es grande, y como se ha ido la luz —objetó Byron, tratando de restar importancia a la situación.

Mario estimó:

—Tal como se encontraba, no podía ir lejos. Deben habérsela llevado esos hombres.

—Lo dice muy segura.

—No pretenda ser mordaz ahora, Byron —terció Peter—. Deje que se expliquen; quizá Annie esté en peligro.

—Sí, a lo peor, en la próxima ocasión encontramos en la cocina una olla con carne.

—¡Es usted inaguantable! —espetó la profesora.

Súbitamente, se volvió hacia el ojo de buey del camarote y sacó la cabeza por él para vaciar su estómago sin poder contenerse.

—¿Está contento de su actuación, teniente Byron? —inquirió Mario, furiosa.

—Bueno, bueno, las hemos pasado de peores. En el buque universidad fue todo muy difícil; ahora no vamos a ponernos nerviosos porque una chica haya decidido ir a dar una vuelta.

La morena Gigliola replicó con vehemencia:

—Esta situación es distinta. Ahora tenemos posibilidad de salvarnos, pero hay algo misterioso, diría que maligno, en este buque, y que Annie haya desaparecido no es tranquilizador precisamente.

—Yo ya lo he dicho. Aquí hay algo maligno —sentenció Soames.

—Parece mentira que un tipo tan fuerte como tú crea en esas tonterías —gruñó Byron.

—La superstición es una tontería, de acuerdo, Byron, pero esos tipos que hemos visto tenían armas cortantes y nosotros no. Usted ha sido el primero en huir.

—Eso es distinto. Por lo visto, no caemos simpáticos a esos mudos o lo que sea. Desembarcaremos en el primer puerto o, si me apuran, haremos trasbordo con el primer barco con el que nos crucemos y todo quedará solventado.

—No quedará nada solventado —replicó Soames, quejumbroso, acentuando la gravedad de su voz.

—¿Por qué?

—Este barco evitará a los otros buques, buscará siempre la niebla.

—Soames, parece mentira que seas marino. Siempre no hay niebla.

—Cuando no haya niebla, puede ocultarse fuera de las rutas de navegación normales.

—Pero siempre existe la posibilidad de cruzarnos con un buque o toda una flota pesquera, no importa de qué nacionalidad.

El barco reanudó sus toques de sirena para evitar el choque contra otro navío que surcara aquellas aguas noratlánticas.

La profesora Rebekka, con expresión evidente de haberlo pasado muy mal, dijo:

—He visto a esos hombres, están en cubierta, aunque apenas se ven por la niebla.

—¿Lo ven? Ellos habrán encontrado a Annie, vayamos a buscarla.

Salieron del camarote. En cubierta, a una distancia de cincuenta pasos y cerca de la baranda de babor, estaban tres hombres. Eran los tres que descubrieron en la bodega cortando maderas y allí tenían su obra.

—Es un ataúd —exclamó Mario.

Dos de los extraños personajes, espectros entre la niebla, alzaron aquel tosco ataúd recién construido y por encima de sus cabezas lo arrojaron al océano.

Todo el grupo volvió el rostro hacia la baranda, forzando la vista, pues la niebla les impedía una visión clara. Era como si todo el océano estuviera humeando, a punto de hervir.

El ataúd, evidentemente lastrado, tras caer al agua, se hundió con rapidez.

—¡Annie, Annie está dentro! —gritó Mario.

—Hay que hacer algo —gruñó Peter Darwin, dispuesto a saltar por la borda con la intención de lanzarse al océano en busca del ataúd.

Mas algo duro y seco golpeó la base de su nuca. Perdió el sentido mientras el féretro desaparecía bajo las aguas, junto al negro casco del misterioso buque que sólo deseaba nave gar inmerso en la niebla.

CAPITULO VII

Cuando Peter Darwin abrió los ojos, estaba en el camarote de las mujeres. Descubrió a varios rostros frente a él. Uno de ellos era el de la atractiva Mario, enmarcado por la larga y lacia cabellera rubia, que dijo:

—Le pegó demasiado fuerte.

Peter divisó el rostro del marino de color y lo primero que hizo fue preguntar:

—¿Fuiste tú?

—Sí. No hubiera conseguido nada lanzándose al agua.

—Otra vez, avisa. —Se incorporó tocándose la dolorida nuca—. La caja se hundió rápidamente, ¿verdad?

—La lastraron bien, por lo visto.

Darwin siguió preguntando a Soames:

—¿Y esos hombres?

Byron, algo más lejos, pero también en el camarote, respondió esta vez:

—Se alejaron hacia el interior del barco.

—¿Y no intentaron nada? —preguntó Peter.

—¿Y qué íbamos a intentar? El ataúd con Annie dentro ya está en el océano y ellos iban armados, nosotros no. Teníamos todas las de perder y, además, son mudos, ya lo sabemos por experiencia. ¿O es que acaso Soames se lo ha hecho olvidar con ese golpe tan oportuno que le propinó para que no se hiciera el héroe.

—De todos modos, habrá que aclarar la situación —gruñó Peter.

—Opino lo mismo —dijo Mario—. No vamos a seguir en este buque temiendo que nos arrojen por la borda dentro de un ataúd. Quizá Annie estaba viva cuando la tiraron al océano.

—O quizá estaba muerta, pero troceada por esos tipos que sólo querían de ella...

—¡Cállese! —pidió con violencia la profesora—. Jamás pensé que un hombre me produciría tantas náuseas como usted.

—No se ponga nerviosa, profesora. Esta es una situación límite. Somos náufragos, en el bote ya habríamos muerto y aquí seguimos con vida, hay que ser prácticos.

—Debemos enfrentarnos a la realidad —exigió Peter—, Hay que buscar al que manda a esos hombres.

—¿Y si son todos iguales? —interrogó Byron—, ¿Y si ninguno de ellos está bien de la cabeza y todos son mudos o locos?

—No creo que lo sean tanto si saben establecer el rumbo de la nave cuando les interesa, poner las máquinas en marcha o tocar la sirena. Por lo menos hay una mente inteligente dentro de este maldito

barco.

—Si la hay, al parecer no quiere tropezarse con nosotros, se esconde.

—Pues la buscaremos aunque sea en la quilla, y cuando la encontremos, va a explicarnos qué es lo que pasa aquí y, por supuesto, lo que hicieron con Annie.

—Acepto su entusiasmo, Darwin, pero está anocheciendo y no tenemos luz. Si mira a través del ojo de buey se dará cuenta de que la niebla precipita la llegada de la oscuridad.

En efecto, la luz era ya escasa. Todos estaban con el cansancio reflejado en sus rostros.

En el bote habían dormitado a duras penas, tenían necesidad física de dormir, pero el sueño no prendería fácilmente en ellos.

Saberse atrapados en el misterioso buque, en unión de aquellos seres desconocidos y que para todos se habían convertido ya en asesinos, quizá por demencia o por practicar algún extraño y desconocido rito, no iba a tranquilizar sus espíritus.

Eran náufragos que, cuando creían haber hallado la salvación, se encontraban inmersos en una situación desconocida y misteriosa que les sumía en otra dimensión. En ella podía reinar el terror y la muerte en sus formas más demoníacas y espantosas.

Todos se hacían infinidad de preguntas y al mismo tiempo trataban de no expresarlas en voz alta para que el pánico no cundiera en los demás.

¿Estarían todos condenados a ser encerrados en un tosco ataúd y luego arrojados al océano? ¿Qué le habrían hecho a Annie antes de arrojarla a las aguas? Todas aquellas preguntas turbarían sus mentes, flagelándolas, impidiéndoles el descanso, y quienes lograran conciliar el sueño sólo hallarían pesadillas y zozobra en ellos.

—Las muchachas y yo podemos usar este camarote para dormir —manifestó la profesora—. Ya nos las arreglaremos con los catres y las mantas que hay aquí.

—Nosotros podemos utilizar el camarote que hay enfrente y así estaremos cerca —dijo Soames.

—Esperemos que esos tipos no vengan a buscar sus camas —gruñó Byron.

—Mañana por !a mañana buscaremos la sala de máquinas y la forma de controlar el timón del barco. Hay que sacarlo de la niebla.

Todos desearon que las palabras de Peter Darwin se convirtieran en realidad. Ver el sol, para ellos era algo vital, como llenarse de vida, como rasgar el velo del misterio que envolvía el buque, aquel enorme y quejumbroso buque de madera impulsado por rotores.

—Será mejor que no salgan solas del camarote —recomendó Peter, dirigiéndose a la salida.

El camarote que había al otro lado del corredor, frente al escogido por las mujeres, estaba vacío y era frío, húmedo. Había algo molesto en él; quizá un olor fétido.

—¿Tendrá ratas el barco? —preguntó Soames.

—Todos los barcos las tienen —replicó Byron.

—¿Todos? Habrá alguno que esté limpio de ratas, creo yo —opinó Peter Darwin.

Byron denegó:

—Cuando se atraca en un puerto, pese a las medidas que se toman, siempre entran ratas como polizontes. Antes trepaban por las amarras, luego se colocaron los platos antiratas y ya no subían, pero había la pasarela que es más fácil. Dentro de un saco o una caja, también sube una cría de ratas y comienza la reproducción a bordo. Si hay algo difícil en el mar, no es capear un temporal, sino desratizar un barco grande o tratar de erradicar las chinches, y no digo nada si el barco tiene casco de madera.

—¿Cuánto tiempo podría estar en el océano un buque como éste sin acercarse a puerto? —preguntó Peter Darwin, tumbándose en un catre. Desde él, con la puerta del camarote abierta, controlaba el corredor.

—Depende.

—¿Del abastecimiento?

—Eso es. Un barco se utiliza como recreo, como pasaje o para carga. En cualquiera de los tres empleos, y dejo a un lado los militares y científicos, el buque tiene un rumbo, una finalidad, un tiempo marcado. Debe llegar a un puerto, aprovisionarse y volver a zarpar, pero un buque como éste es difícil, muy difícil, saber cuándo fue la última vez que tocó puerto. La harina con que han hecho el pan está rancia, puede llevar mucho tiempo a bordo en sacos, quizá en grano que se muele antes de elaborar el pan. De esta forma, se conserva más tiempo. Además, el buque navega con bastante carga de madera a bordo.

—Creo que es una madera de escaso valor: pino rojo —opinó Peter Darwin.

—Sí, madera que quizá no les compran en ninguna parte.

—Los tripulantes son pocos —observó Soames— y podrían ser abastecidos en el mar, en un punto acordado de antemano.

—Eso es cierto —aceptó Byron—, por lo que se deduce que habrá una radio a bordo.

—Una radio sería nuestra salvación —dijo Darwin—, Si Ia encontramos, podemos lanzar una llamada de auxilio.

—Una llamada que, posiblemente, no agrade a nuestros anfitriones. Pueden estar fuera de la ley.

—¿De qué ley? —preguntó Peter—, Estamos en aguas

internacionales.

—Sí, pero en el mar hay leyes que se cumplen y otras que no están escritas y que también se cumplen. Existen unos acuerdos internacionales que regulan la navegación.

—Pero un buque podría estar al margen de todas las leyes —observó Soames—; un buque pirata, por ejemplo.

—O un buque hundido.

—Darwin, ¿qué ha querido decir con eso de «un buque hundido»?

Peter volvió su rostro hacia Byron, que estaba sentado en otro de los catres.

—Podría ser que, para el mundo, este buque, cuyo santo y seña desconocemos, esté hundido, que haya naufragado.

—No se da un buque por hundido tan fácilmente.

Han de haber testigos.

—¿Testigos? Quizá los hubo.

—¿También usted con la tontería de que estamos en un buque fantasma?

—No, sólo trato de buscarle soluciones a esta insólita situación, trato de razonar.

—Pues yo no llamaría razonar a decir que estamos en un buque fantasma. Si quiere que las chicas no se pongan a chillar histéricas, no lo repita en su presencia. La noche va a ser larga, no olvidarán fácilmente ese ataúd que ha sido arrojado al mar con una mujer dentro.

—A mí me gustaría saber cuántos años hace que este buque no ha sido avistado por nadie.

—¿Y qué importancia puede tener eso ahora? —le interrogó Byron.

—Pues, según los años, podríamos empezar a tratar de imaginar cuál será la mentalidad de esos extraños tipos que tienen esas horribles cicatrices en sus cráneos. Además, existe una ley natural respecto a la reproducción de los seres vivos.

—¿Piensa darnos la lata con una teoría biológica?

A la irónica pregunta de Byron, el estudiante respondió sonriente:

—No, sólo trato de pensar que si hace muchos años que este buque está en el mar, de existir ratas a bordo se hubieran reproducido en tal cantidad que la tripulación no habría podido luchar contra ellas y habrían agotado todo el alimento.

—Eso es cierto —asintió Soames—. Cuando un buque tiene muchas ratas, se desratiza en los puertos, aunque no consiga limpiarse en su totalidad. Yo serví en un viejo barco que tenía tantas ratas a bordo que nos plantaban cara. ¿Y saben lo que tuvimos que hacer para librarnos del temor de que nos atacaran mientras dormíamos, pues de algo tenían que alimentarse?

—¿Acariciarlas? —ironizó Darwin.

—No, fue fácil. El capitán atracó el barco en Maracaibo y allí hizo poner muchas amarras y tres pasarelas. Compró sacos de trigo y perros muertos que nos hizo repartir cerca del buque. Las ratas bajaron sólitas a comer y no volvieron a subir a bordo, por lo menos aquéllas, pues comprendieron que había más comida en tierra firme que dentro de nuestro cascarón.

—Fue una idea excelente —aceptó Byron—. Sería interesante saber qué ocurriría con este buque si repitiéramos la estratagema. También pueden haberse reproducido aquí las ratas y, a lo peor, sin saberlo, estamos encima de un auténtico hervidero de esas bestias.

La noche les sumió en una oscuridad total. Las voces enmudecieron.

Las aguas del océano semejaban agitarse, pues podían escuchar el rumor de su roce contra el casco. Se oía el crujir casi imperceptible de la madera y, de pronto, hasta ellos llegó claramente un ruido lejano pero que identificaron de inmediato.

—Es la sierra —musitó Soames.

El estudiante admitió:

—Sí, deben de estar trabajando en la bodega.

—Haciendo otro ataúd…

—Este buque está maldito. Quizá valdría más echarse de cabeza al mar —rezongó el negro.

—Suicidarse por miedo a morir es una estupidez, ¿no crees?

—Es cierto, Darwin; lo que sucede es que Soames es poco práctico. Sin embargo, lo que me gustaría averiguar es para quién construyen ese nuevo ataúd. A lo peor ya han elegido a su siguiente víctima.

CAPITULO VIII

No tenía sueño. Peter Darwin, apartando sus pensamientos. Byron roncaba; había conseguido dormir. Su cansancio era más poderoso que el temor.

La respiración de Soames, dentro de aquel maloliente camarote, sucio y podrido de paredes y suelo, no se escuchaba fatigosa, por lo que dedujo que no dormía.

—¿Despierto, Soames? —inquirió en voz baja.

—Sí. No es fácil dormir cuando lo maligno nos rodea.

—Deja de pensar en fetichismos, Soames. ¿Tienes algún amuleto?

—No, soy cristiano.

—Ya. Hay muchos cristianos como tú que añaden a su religión un poco de lo que han heredado de sus antepasados que no eran cristianos.

—En el cristianismo se dice que Satanás es maligno y poderoso.

—Sí, y que Dios lo es más. Vamos, Soames, sé sensato. El diablo nos deja en paz respecto a una intervención directa. En este buque hay unos seres que son peligrosos, pero les haremos frente. Quizá sólo merezcan compasión primero y después asistencia médica. Posiblemente necesitan alguien que pueda conducirlos de nuevo a un mundo normal del que escaparon quién sabe cómo y cuándo.

—Ellos no desean regresar, sólo quieren navegar en la niebla y nosotros no encontraremos una escapatoria. Si por lo menos pudiéramos gobernar el timón...

—Lo conseguiremos. Buscaremos el punto adecuado y luego pondremos proa a algún lugar civilizado. Ahora quédate aquí vigilando.

—¿Vas a salir? —inquirió, sorprendido.

—Sí, ya no puedo permanecer más tiempo aquí, quieto. Por lo visto, el golpe que me diste me ha satisfecho de sueño.

—Puede ocurrirle lo mismo que a la chica. Recuerde que esos sujetos tiene machetes enormes.

—No me dejaré ver. Además, ellos están abajo en la bodega. Si pegas la oreja al piso o a una de las paredes, oirás que están trabajando. Después, posiblemente se dediquen a dormir.

—Se me ocurre que si ellos trabajan es que ya tienen luz.

—Es cierto, Soames. Quizá tengamos luz a nuestro alcance y no lo sepamos.

Tanteando, buscó un conmutador, pero, pese a que lo accionó repetidamente, no obtuvo el fruto deseado.

—Deben de saber muy bien dónde estamos y posiblemente han quitado los fusibles de este sector.

Al pasar al corredor, totalmente sumido en las tinieblas, tendió sus manos hacia delante para orientarse, ya que carecía de toda luz. Ni siquiera tenía un fósforo que le diera llama. De pronto, tocó algo blando y caliente, algo vivo que tenía pálpito y hubo un doble respingo.

—¿Quién es?

—¡Peter!

—¿Qué haces aquí fuera, Mario? Quedamos en que era peligroso salir de! camarote.

—Sí, pero he oído voces, no podía dormir —dijo, de forma apenas audible,

Peter tenía su mano en la cintura femenina. Mario había temblado por unos momentos, pero al descubrir la personalidad del joven, se había tranquilizado.

—Será mejor que regreses a! camarote.

—No. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Ibas a alguna parte?

—No en concreto. Huele mal ahí dentro y quería respirar aire puro. Esos tipos del buque se hallan en la bodega.

—He oído ligeros ruidos. Son los mismos que escuchamos cuando los descubrimos abajo.

—Deben estar entretenidos en estos momentos; por eso he pensado que podría salir a cubierta.

—Siempre puede ser peligroso.

—Sí, pero no vamos a quedarnos escondidos en el camarote eternamente.

—Opino como tú.

Se hallaban tan juntos que Peter notó el aliento femenino cerca de su rostro. Con suavidad, la atrajo hacia sí y sus labios se encontraron fácilmente, como si el sol más poderoso los estuviera iluminando.

Mario aceptó la caricia y participó en ella. Al separarse, le faltaba aliento.

—¿Qué te parece si salimos los dos afuera, a cubierta? —preguntó —. Será agradable respirar el aire puro de la noche.

—Sí, pero caminemos con cuidado, sin ruido, para no alertar a nadie.

Al salir a cubierta, se encontraron con una sorpresa que no esperaban y que fue Mario la primera en acusar.

—No hay niebla.

Peter miró al cielo y corroboró:

—Está plagado de estrellas, es precioso. Jamás hubiera supuesto que las estrellas pudieran lucir tan bonitas.

—¿Acaso eres poeta?

—Me gusta más la prosa, pero este cielo es hermoso tras la niebla que hemos soportado. Si sigue así, mañana quizá tengamos un día

espléndido.

—Pero no hay luna.

—Es cierto, por eso estamos tan a oscuras. Si luciera ahora un plenilunio, podríamos vernos los rostros.

—¿Qué importa, si nos sabemos el uno cerca del otro?

-—Es verdad —admitió Peter.

Tenía a la muchacha cogida por la cintura y sus labios se encontraron de nuevo mientras unas aguas más rizadas lamían el casco del buque por encima de la línea de flotación.

—Peter...

—Sí, Mario.

—¿Por qué me besas?

—¿Es precisa una explicación?

. —Sí. Tú eres un hombre en el que todas las chicas del buque escuela nos habíamos fijado, tienes algo muy personal. No sé qué es, pero traspiras virilidad.

—Gracias.

—Creo que no debería decirte todo esto.

—¿Por qué no? ¿No alardeamos nosotros de sinceros, para qué callarnos?

—Es cierto, y siguiendo en esa línea, dime: ¿Has besado a muchas de las chicas?

—¿Te refieres a las chicas en general o a las compañeras del buque escuela en particular?

—A las últimas.

—Pues la verdad es que no. Me inscribí en este curso internacional porque deseaba visitar el Mediterráneo con tranquilidad y bien asesorado.

—¿Qué piensas ser en el futuro?

—No se lo he dicho a nadie.

—Pero lo habrás pensado.

—Sí.

—¿Y...?

—Pues, escritor. Sí, ya sé que hay muchos que desean serlo y que de cada diez mil que lo intentan, sólo uno lo consigue. Es más fácil hacerse periodista, traductor en una editorial o cualquier otro trabajo paraliterario, aunque tenga que ver con las letras, pero yo he de llegar a ser escritor.

—Si te lo has propuesto, lo conseguirás. Peter, lo conseguirás.

—Primero hemos de lograr salir de este barco. Supongo que quienes lo gobiernan estarán preocupados por la disipación de la bruma. Es posible que no les agrade el nacimiento de un nuevo día con mucho sol, con mucha luz.

—¿Crees que son dementes asesinos?

—Es mejor no creer nada hasta saber con certeza lo que ocurre. Soames, el propio Byron y también tú pensáis demasiado en malignidades y fantasmagorías.

—Todo se ve distinto con luz. Sin embargo, dentro de este barco tan extraño, aunque haya sol no creo que reine la tranquilidad. Quisiera saber por qué si esos hombres de las cicatrices no nos quieren a bordo, nos han dejado subir.

—Lo ignoro. Ellos no hablaron cuando nos tropezamos en la bodega.

—No tiene objeto permitirnos subir como si fuéramos a ser salvados para que luego nos arrojen al océano dentro de un ataúd.

—Su comportamiento debe tener un motivo y obedecer a una lógica que hemos de averiguar. Quizá ocurrió alguna tragedia a bordo de este buque. Soames, Byron y yo hemos tratado de hallar una respuesta a las interrogantes, pero hablando tan sólo no se consigue nada. Precisamos hechos. Si por lo menos alguno de esos extraños marinos pudieran entendernos y expresarse aunque fuera por señas...

—¿Y si descubrimos que son dementes homicidas que ansían matarnos a todos?

—Podríamos hacerles frente. El barco es grande y alguna forma de defensa habrá.

—La mejor defensa sería huir.

—No hay posible huida mientras no aparezca otro buque cerca de éste o consigamos dominar el timón para fijar una dirección que termine por llevarnos cerca de tierra firme, sea el país que fuere. En este último caso, con lanzarnos al océano sería suficiente.

—Cuando recuerdo lo que le ocurrió a Dy, me horrorizo. Creo que le he cogido terror a las aguas.

El la besó, tratando de disipar su miedo.

—Mario, será mejor que regreses al camarote. Creo que éste es un buen momento para intentar averiguar algo. Ellos considerarán que estamos descansando o, por lo menos, refugiados en los camarotes y actuarán con cierta tranquilidad.

—Te acompaño.

—No, puede ser peligroso.

—Si tú corres un riesgo, también puedo correrlo yo. No vayas a olvidarte de la igualdad de sexos.

—Está bien. —Darwin sonrió escéptico—, pero vayamos con cuidado. No hemos de ir buscando como lo hicimos antes. Ahora debemos escuchar y tratar de averiguar. Quizá logremos descubrir dónde se esconden, cómo hablan o se comunican entre ellos y si son mudos de verdad.

—¿Temes que puedan estar representando una farsa para crear terror en nosotros?

—Es una posibilidad.

Las manos se juntaron y Peter avanzó por cubierta buscando alguna escalera descendente que condujera a las bodegas o a la sala de máquinas.

Caminaron en dirección a popa.

La eslora del barco era grande. Se había tratado de conseguir un gran buque de carga accionado por los cinco rotores cilíndricos que debían haber resultado un fracaso a juzgar por la escasa velocidad de navegación alcanzada.

—Aquí no se ve nada —observó Mario en voz baja.

—Pienso que si el timón del puente está bloqueado y, sin embargo, el alerón del mismo, a juzgar por la variación de rumbo, ha sido movido, es que puede gobernarse desde algún lugar desconocido, y ese sitio siempre será más fácil encontrarlo cerca del propio timón, es decir, de la popa.

—¿Quieres decir que el escondrijo estará bajo la popa?

—Podría ser. Byron no lo ha dicho, pero es lógico suponer que si el buque tiene tan sólo un motor auxiliar, utilizable cuando hay calma chicha o para atracar en un puerto, ese motor se ubicará cerca de la propia hélice, es decir, en la popa, y pegado al fondo de la quilla. De este modo, el cigüeñal es mucho más corto y las bodegas de carga son más amplias, sin obstáculos ni peligro de incendio.

—Por todo lo que deduces, si hemos de encontrar algo es aquí abajo.

Instintivamente, Mario señaló con su pie el piso de la cubierta de popa, sin que Peter Darwin pudiera verlo a causa de la oscuridad que les envolvía. Se escuchaba el rumor de las aguas y, sobre ellos, un cielo repleto de estrellas, pero carente de luna.

Tanteando y con cuidado, consiguieron llegar al extremo último de la popa, donde la húmeda baranda se redondeaba para iniciar su continuación hacia proa, por estribor.

—Aquí hay un mástil —señaló Mario.

—¿Tiene bandera?

—No lo sé, no consigo verla. Cuando amanezca veremos a qué nación representa.

—Sí, será interesante saber bajo qué pabellón navega, aunque no hay que fiarse demasiado de ese detalle. Si son tipos que rehúyen todo contacto, pudiera ser que tuvieran distintas banderas para utilizarlas según la ocasión.

De pronto, la atención de Mario se centró especialmente en su oído.

—Peter, ¿no oyes?

El joven estudiante agudizó su oído y él también captó lo que llegaba hasta ellos de forma apenas audible.

—Es como un llanto extraño…

—Sí, alguien gime ahí abajo, pero esos lamentos son tan extraños que hasta pudieran partir de una extraña bestia que estuviera sufriendo.

—¿Una extraña bestia? —repitió Mario, con un escalofrío.

—Sí, y no podemos quedarnos aquí, esperando. Hay que averiguar lo que es y por qué gime.

—Peter, ¿estás loco?

—Loco lo estaría si permitiese que nos fueran arrojando al océano uno a uno dentro de un ataúd, y quién sabe después de qué torturas, de qué tipo de extraño sacrificio.

CAPITULO IX

Tanteando en la cubierta de popa, hallaron sogas y unos mástiles de carga, también el techo, enormemente pesado y recubierto de lona embreada, de una de las cubiertas, y un primitivo respiradero al que Peter aproximó su oído.

—Aquí se oye mejor el gemido.

Mario también escuchó y opinó:

—Más que una bestia, parece una bestezuela herida.

—La única forma de averiguar lo que hay debajo es viéndolo.

—Pero no es posible bajar. Haría falta una grúa para levantar la tapa de esta bodega.

—El diámetro de este respiradero no es grande, pero con algún esfuerzo, se podría descender por él.

—No cabrás en él, Peter, eres demasiado ancho de hombros.

—Lo intentaré. Podemos bajar una soga y sujetándome a ella...

—¿Y cómo regresarás? Si es tan angosto, no podrás mover los brazos para trepar.

—Buscaré otra salida, tiene que haberla.

Peter tanteó el respiradero. Pensaba que podía quedar atorado en él y no habría forma de sacarlo. Mario, como si leyera en su mente, comprendió sus recelos y dijo:

—Bajaré yo primero.

—No.

—¿Por qué no? ¿Es que tú eres de los que consideran que el hombre manda en todo?

—No soy antifeminista, pero opino que estoy más preparado físicamente para la lucha, si se presenta, que tú.

—Vamos, Peter, he practicado gimnasia. Puedo saltar y moverme con facilidad. No soy una estrella circense, pero en nada me parezco a la mujer ochocentista. Soy moderna y preparada, incluso tengo cinturón verde en judo.

—No me digas que también saber karate —rezongó, con cierta sorna.

—En karate sólo tengo el amarillo. Es muy poco, aunque suficiente para mantenerme en guardia.

—Sin embargo, no puedo exponerte al peligro porque yo desee averiguar lo que hay abajo.

—También quiero averiguarlo yo, también está en juego mi vida. En cuanto a tu fuerza física, de la que tanto te pavoneas...

—Alto, alto, no quiero hacer distinciones, pero es lógico que tenga más fuerza que una chica hermosa y femenina como tú.

—Sí, es lógico —aceptó—, por eso puedes sujetar la soga y

descenderme. Una vez abajo, veré lo que hay y con un par de tirones de la cuerda te indicaré si tú podrás pasar o no por el respiradero. Si yo quedara atorada, tú puedes sacarme del problema tirando de la soga hacia arriba. Si ocurriera a la inversa, yo no podría hacer nada por ti.

—De acuerdo —asintió Peter, con un gruñido.

Preparó una soga que sujetó a la baranda y con el otro extremo ató a Mario por debajo de las axilas, dejando que la cuerda subiera en vertical por encima de sus duros y jóvenes pechos, pasando por delante de la cara.

—De este modo no tienes peligro de asfixia. Mantén los brazos hacia arriba, las manos por encima de la cabeza agarrando la cuerda, y así te librarás de una desagradable presión en la espalda y axilas.

Peter cogió a la joven por la cintura y la alzó en el aire, de modo que ella, demostrando que sí practicaba gimnasia, adquirió la horizontalidad.

Introdujo los pies por el respiradero, siendo esta parte de su cuerpo la primera en desaparecer.

Mario acababa de comprobar la fuerza de los músculos duros y elásticos de Peter Darwin. No había representado gran esfuerzo para él levantarla y ayudarla a penetrar en el respiradero.

—Con cuidado.

Peter fue soltando cuerda y Mario desapareció totalmente en el orificio.

Si en el exterior le había parecido que había tinieblas, Mario se dijo que dentro sí eran totales. Sintió miedo. Sus pies colgaban en el vacio e ignoraba lo que encontraría debajo.

La cuerda, controlada desde arriba por Peter, fue descendiendo a Mario. Esta comprobó por sí misma que el diámetro, aunque no sobrante, sí era suficiente para que Peter Darwin se deslizara por él.

Terminó el cilindro y colgó en una estancia amplia, escasamente iluminada por una bombilla de pocos watios de potencia y protegida por una rejilla. Aquel lugar apestaba.

El movimiento de la cuerda la hizo girar en el aire y en aquel instante descubrió una jaula de acero que colgaba del techo mediante una gruesa cadena, sujeta a una de las vigas soporte.

Una mano sucia, sarmentosa, de dedos alargados y huesudos, asomó por entre los negros barrotes de acero como las patas de una araría saliendo de su nido.

Trató de alcanzar a Mario, que contuvo un grito de terror. Sus dedos se soltaron y quedó colgada por las axilas, a escasa distancia del suelo.

La mano sarmentosa pasó por delante de sus pechos, tratando de apresarla. Peter, que había cedido más cuerda desde lo alto, consiguió

que Mario arribara al piso e incluso se sentara en él, escapando de aquella mano al tiempo que se desprendía de la soga.

Mario, medio sentada, retrocedió, mirando asustada aquella jaula. La angustia dificultaba su respiración y el corazón palpitaba desacompasadamente en su pecho. La visión era horrible.

Ya no sabía si aquel ser encerrado en la jaula tenía más aspecto de animal que de humano, si gemía o reía. La otra mano también asomó entre los barrotes y su rostro se pegó entre dos de ellos.

Aquel rostro se parecía al de los hombres que descubrieran en el buque. Carecía de cabello y tenía cicatrices aún no curadas totalmente. Estaba muy flaco, con la piel pegada a los huesos, y ello le daba un aspecto más repulsivo y terrorífico.

Sin embargo, algo le diferenciaba de los otros aparte de que estaba más falto de carne, posiblemente más hambriento, más dolorido y vestido con míseros y hediondos harapos. Sus ojos no tenían la mirada totalmente indiferente, como de autómata, que mostraban los demás.

Aquel hombre quiso decirles algo, mas sólo emitió gruñidos ininteligibles.

—Mario, ¿estás bien? —preguntó Peter desde lo alto, preocupado por no recibir la señal de la chica con la cuerda, tal como acordaran.

Mario, repuesta del susto, de la honda impresión que le había producido aquel ser enjaulado y comprendiendo que nada podía hacerle, ya que no estaba a su alcance y al parecer tampoco podía gritar, tiró de la cuerda por dos veces y aguardó.

Darwin tardó muy poco en aparecer por el techo de la estancia.

Mario tiró de la soga para evitar que el ser enjaulado cogiera con sus manos a Peter, quien ignoraba su presencia.

—¿Qué es esto? —preguntó, ya en pie.

Mario explicó ahogadamente:

—Ha querido cogerme.

Se mantuvieron a distancia para observarlo mejor. Aquel ser se mostró inquieto, escrutándoles con sus ojos grandes y saltones, que destacaban en su faz casi cadavérica.

—Parece que con su mano nos pide que nos acerquemos —musitó Mario.

—Esta jaula parece resistente y tiene un buen candado. Más que un encierro normal, es una tortura.

—¿Una tortura?

—Sí. Fíjate en las dimensiones de la jaula. Ese hombre no puede sentarse normalmente y tampoco estirarse para dormir. Este tipo de jaulas, en madera o acero, se empleaban ya en la Edad Media para torturas, para extraer confesiones que en la mayoría de los casos eran puras mentiras. La gente encerrada en jaulas como ésta prefería la

muerte a seguir viviendo.

—Ha de ser horrible permanecer encerrado en un lugar como éste.

Peter se apartó de Mario para aproximarse a la jaula. La joven lo observó preocupada, angustiada, temiendo algo desagradable. Aquel hombre, por su aspecto, tenía poco de humano.

Al llegar a su altura, Peter levantó la diestra y el hombre de la jaula bajó la suya.

Mario sufrió un sobresalto y contuvo la respiración, sintió miedo, pero Peter, no; él no hizo el menor movimiento de retroceso.

Aquel ser aprisionó la mano de Peter con la suya propia. No la oprimió con deseos de lastimar o estirar, sino de expresar algo que su boca era incapaz de articular, pues sólo emitía extraños e incomprensibles gruñidos.

—Cuidado, Peter, puede ser peligroso,

—No, Mario, creo que desea nuestra amistad. Quiere pedirnos algo.

Al pronunciar Darwin aquellas palabras, el hombre de la jaula comenzó a moverse más excitadamente, apretando con más fuerza la mano del estudiante.

—Parece que tienes razón, Peter.

—Sí, veremos de entablar una especie de diálogo. ¿Me entiendes?

Esta vez, aquel hombre, si es que se le podía llamar de esta forma, no reaccionó. Peter, ceñudo, se preguntó en voz alta:

—Puede que no hable nuestro idioma y eso dificulta aún más el entendimiento.

—Pero, ¿cómo te ha comprendido antes?

—Quizá alguna palabra suelta.

—Intenta algo —pidió, nerviosa.

Darwin miró al hombre cuya mano estrechaba y preguntó despacio:

—¿Amigo?

Tornó a excitarse.

—Eso lo ha comprendido.

—Sí, Mario, pero quizá se pueda interrogar algo más. ¿Habla inglés?

El prisionero movió la cabeza negativamente.

—Ya sabemos algo —suspiró Mario.

—¿Francés? —inquirió Peter de nuevo.

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Alemán?

Esta vez se excitó vivamente y Mario opinó:

—Creo que has dado en el clavo, es alemán.

—Yo no sé alemán. ¿Y tú?

—Tampoco, pero arriba está la profesora Rebekka, que es

alemana.

—Creo que vamos averiguando algo, pero este cerrojo que tiene no es fácil de abrir para sacarlo de ahí y no tengo nada con qué reventarlo.

—Considero que puede esperar aquí dentro mientras averiguamos algo más.

—¿Le tienes miedo?

—Un poco. Lo siento, pero no puedo remediarlo. Parece que es una víctima, pero juraría que, aparte de estar mudo como los otros, no tiene bien sus facultades mentales.

—Quizá. Presenta cicatrices en la cabeza y puede sufrir alguna merma, habría que enfrentarlo a la profesora para que ésta sacara algo en limpio de él. No sabemos si puede ser nuestro amigo o enemigo.

—De momento parece que es enemigo de los hombres que gobiernan este buque. Sin embargo, no tenemos garantía de que no sea peligroso para nosotros.

Peter suspiró y dijo:

—Me resisto a dejarle ahí dentro. Es muy posible que esté loco, pero ha sufrido ya suficiente tortura. Además de estar en la jaula, esas cicatrices todavía no curadas totalmente que tiene en el cráneo pueden ser significativas.

—Pero, ¿qué son esas cicatrices? —preguntó Mario, obsesionada.

—Lo ignoro; pueden ser intervenciones quirúrgicas en el cráneo o, mejor dicho, en el interior del cerebro.

—¿Insinúas que alguien está creando estos monstruos?

—Es una teoría más sin confirmar, pero es la que va tomando más cuerpo por el momento.

—Pero los demás también tienen cicatrices y están libres. ¿Por qué éste no?

—Quizá es que no han terminado todavía el tratamiento con él.

El hombre de la jaula tiró desesperadamente de la mano de Peter, pero éste se soltó y dio un paso atrás, quedando fuera de su alcance.

—Quería hallar la forma de sacarlo de la jaula, pero, pensándolo bien, puede esperar. Si han tocado su cerebro para convertirlo en un autómata como los demás, estará ya mermado mentalmente y no reaccionará con normalidad. Es posible que en un momento dado obedezca órdenes demoníacas que alguien pueda darle directamente o a través de cualquier cosa: una luz que parpadea, un silbato.

—Alejémonos de aquí aunque sólo sea por el momento, Peter.

Peter Darwin miró al hombre de la jaula. Sintió lástima y no temor hacia él. Sin embargo, tras deducir que podía estar gravemente psicopático, decidió que era mejor mantenerlo allí. Tiempo habría para sacarlo.

De salir libre y escapar por el barco, podría actuar como un violento revulsivo en aquel fantasmagórico buque que quién sabía cuántos horrores más podía encerrar.

—No temas, te sacaremos —le dijo.

En los ojos de aquel ser había decepción, pero no se excitó y siguió gimiendo de aquella forma tan gutural.

—Ya tenemos suficientes peligros, Peter, sólo faltaría ahora crear uno nuevo. Quizá este hombre ya no distinga entre quiénes son amigos o enemigos, pueden haberlo convertido en una especie de monstruo.

—Eso parece, pero los demás son más monstruos que él. Este, por lo menos, aún conserva algo de libertad mental. Me temo que los otros sólo son autómatas humanos.

—Pero alguien debe convertirlos en autómatas.

—Sí, alguien que puede ser un demente más peligroso que ninguno.

Miraron en derredor. Se hallaban en la popa y el buque se movía allí de forma más sensible que en otros puntos. Tras la jaula estaba la pared y no había una sola abertura exterior, ningún ojo de buey, sólo el respiradero por el que habían descendido.

—No hay ninguna puerta, sólo maderas sujetas.

—Esta debe de ser una.de las bodegas pequeñas de la nave. Quizá haya una puerta tras los tablones.

—¿La buscamos?

—Desatar la carga de un buque es muy peligroso si está en alta mar. Cuando una carga, por el movimiento de! oleaje se desplaza, aparte de aplastar cuanto haya a su paso y dejando a un lado que puede destrozar el casco del buque y abrir una vía de agua, puede hacer escorar la nave y en muchos casos la ha hundido.

—Ahora, el oleaje no es fuerte.

—El oleaje puede aumentar con rapidez, pero, mira, ahí en el suelo hay una trampilla.

El pavimento estaba sucio y maloliente como toda la nave, pero la trampilla fue descubierta gracias a la argolla de hierro.

Se arrodillaron junto a ella. Peter asió el aro y tiró de él con precaución, comenzando a levantar la trampilla lentamente. Atrás tenían la jaula con aquel extraño ser encerrado, mudo y con cicatrices en el cráneo, con la piel pegada a los huesos y el dolor de la tortura en el fondo de sus ojos. Abajo, ¿qué podía esperarles?

CAPITULO X

La profesora germánica, por su garganta más delicada e irritada por los días pasados en el bote tras el naufragio, por su escasa resistencia física, fue la primera en toser.

Al otro lado del corredor que separaba los dos camarotes utilizados como refugio para pasar la noche, también se escucharon toses, Byron tosió mucho antes que el marino Soames.

—¡Maldita sea! —masculló, irritado.

Abrió los ojos y sintió un vivo escozor en ellos, mientras sufría un acceso de tos que le hacía gruñir.

—La madre que me p...

Gigliola se levantó del catre que había ocupado y comenzó a toser mientras trataba de respirar. Sintió un gran ahogo. Algo desagradable se pegó a su paladar y las lágrimas saltaron de sus grandes ojos latinos.

En pocos segundos, la tos fue unánime. Incluso el negro Soames, puesto en pie, pegado a la pared, tosió con fuerza mientras gruñía.

—¡Humo, es humo!

—¡Me ahogo! —exclamó Byron entre toses.

Rebekka gritó:

—¡Socorro!

Las chicas, excitadas, abandonaron sus lechos.

—¡Hay mucho humo! —gritó una de ellas.

—¡Hay fuego a bordo! —chilló la profesora—. ¡Nos vamos a abrasar!

—Por todos los diablos del infierno —rugió Byron—, Escapamos de un naufragio y nos metemos de Cabeza en otro.

Todos buscaron la salida. El humo les asfixiaba, les irritaba los ojos, enrojeciéndolos, y gruesas lágrimas brotaban de ellos.

Resultaba caótico buscar la salida del corredor a tientas, en medio del humo, temiendo que aparecieran llamas que intentaran devorarlos en una muerte horrible dentro de aquel misterioso buque cuyo nombre ignoraban. Ni siquiera sabían bajo qué bandera navegaban en busca de una hipotética salvación que se estaba convirtiendo en la más espantosa de las pesadillas.

Elizabeth, con su acento germánico, gimió en el suelo al ser pisada por Byron que trataba de escapar, ya que ella había caído.

—¡Socorro! —pidió una voz femenina.

Nadie se preocupaba de ayudar a nadie.

Tanteando, todos buscaban la salida, mientras un humo que no veían, ya que la oscuridad era total, los envolvía tratando de ahogarles.

Sin importarle haber pisado materialmente a las chicas, Byron fue el primero en respirar el aire fresco de cubierta.

Se agarró a la baranda y tosió con su rostro vuelto hacia el océano que acariciaba el casco del buque. En aquellos momentos, no pudo contemplar las estrellas que punteaban en el cielo, sobre su cabeza. El humo había inundado sus ojos de lágrimas, impidiéndole la visión.

—Maldito humo...

Pronto las toses le rodearon. La profesora Rebekka estaba cerca de él, y también las chicas. Soames había ayudado a una de ellas a salir a cubierta mientras tosía fuertemente y su estómago semejaba querer salir por la boca.

—¡ Nos quemamos! —gritó Rebekka, llena de terror.

—Y no hay botes con que hacernos a la mar —masculló Byron impotente, pensando en su propia salvación.

Soames trajo un poco de paz con sus palabras.

—Hay humo, pero no veo fuego, quizá sólo haya humo y no estemos tan en peligro como suponemos.

—¡Darwin! —llamó Byron, sin obtener respuesta—. ¡Darwin!

—¡Darwin! —gritó ahora Rebekka.

No hubo respuesta para nadie. Gigliola observó:

—No está.

—¿Quiénes quedamos y quiénes han quedado dentro? —inquirió Rebekka.

—Al diablo quien se haya quedado dentro —gruñó Byron.

—¡Mario! —llamó la profesora.

Mario tampoco contestó.

—¿Cuántos estamos aquí? —insistió Gigliola.

—Mientras averiguan los que estamos aquí, yo vuelvo adentro a ver si ha quedado alguien durmiendo antes de que se asfixie.

—Soames —le interpeló la profesora—, tenga cuidado.

El marino alzó la voz para tener la seguridad de ser oído y añadió:

—Byron, láncese al mar, quizá tenga todavía una oportunidad de vivir.

—¡Maldito negro!

Soames, tanteando, regresó a la puerta por la que escapaba el humo. De pronto, se encendió la luz en el pasillo y también en los camarotes.

—¡Han sido ellos, han sido esos monstruos! —gritó la profesora.

Soames, conteniendo la respiración, se introdujo en el corredor en medio del humo que, pese a la luz de las bombillas, le impedía ver claramente.

Consiguió llegar al camarote que ocupaban Darwin, Byron y él mismo. Comprobó que no había rastro del estudiante y luego pasó al camarote de las chicas.

Allí descubrió a dos figuras que apenas podía perfilar con sus ojos, irritados por el humo. Aquellas figuras se agrandaron ante él, adquiriendo dimensiones insospechadas.

—¿Quiénes sois?

Casi encima de él, vio dos rostros cubiertos con máscaras antigás. Algo brilló en el aire y un dolor intenso, insufrible, le hizo lanzar un grito de dolor capaz de helar la sangre de cuantos lo oyeran.

El sable malayo se alzó de nuevo y golpeó sañudo por segunda vez, tiñéndose totalmente de sangre que aquellos dos seres, con las monstruosas cicatrices en sus cráneos exentos de todo cabello, pudieron contemplar a través de los cristales de su careta antigás.

Afuera, Byron y las mujeres se sobrecogieron.

La profesora, a punto de estallar en un ataque de histeria, balbució:

—¿Qué ha pasado, por qué ha gritado?

—No lo sé, quizá se ha golpeado contra alguna puerta a causa del humo —gruñó Byron, mirando receloso hacia la puerta por la que escapaba la luz y el humo, éste último cada vez en menor cantidad, como si el foco productor de gas se estuviera consumiendo.

—¡Soames! —llamó la profesora.

No obtuvo respuesta.

El miedo les atenazó en cubierta. Nadie salía por la puerta del corredor de los camarotes. La luz cada vez se hacía más clara y el humo menos denso, más soportable.

La sirena del barco volvió a sonar estridente, como si navegara entre la niebla. Al mirar al cielo, lo vieron cuajado de estrellas.

—¿Cuántos estamos aquí? —preguntó la profesora Rebekka.

—Usted y yo somos dos —contestó Byron.

—Y yo, tres. Soy Gigliola.

—Yo también estoy aquí —manifestó la otra voz femenina, en medio de la tos.

—¿Y quién eres tú?

A la pregunta de Byron, la chica se identificó.

—Soy Justine.

Con labios temblorosos, temiendo una tragedia, la profesora inquirió:

—¿No hay nadie más?

No hubo más respuesta. Se hizo un silencio tenso, roto por Byron, que dijo roncamente:

—Somos la mitad de los que debíamos estar, pero Soames está ahí dentro.

—¿Habrá sido él quien ha gritado? —interrogó Gigliola.

—Tenemos que averiguarlo —se apresuró a decir Justine.

La profesora Rebekka fue de la misma opinión.

—Sí, hemos de saberlo, no podemos permanecer aquí impasibles, esperando a ver cómo desaparecemos todos a manos de esos monstruos.

—Bueno, creo que volver adentro es un peligro. Si Soames y Darwin no pueden salir, ¿qué oportunidad tendremos nosotros de escapar?

—¡Es un cobarde, Byron, un cobarde! —le espetó la profesora—. Tendría que entrar y averiguar lo sucedido. ¿Por qué hemos logrado escapar nosotros y los demás no?

—Lo que usted pretende es que yo reviente... ¿Es que no se da cuenta de que si me asesinan van a quedarse las tres indefensas sin nadie que las proteja?

—¡Sólo sé que hay que hacer algo antes de que nos maten a todos! —chilló la cincuentona, cada vez más incapaz de sujetar sus nervios.

Justine sollozó.

—Yo no puedo más. Creo que lo mejor será tirarnos al mar; así terminaremos de una vez.

—No —la contuvo Gigliola—, no debemos suicidarnos por miedo a morir.

—¿Y qué nos harán esos monstruosos seres? —se preguntó Justine con voz ahogada—. Tengo miedo, mucho miedo, no puedo evitarlo... ¡Quiero salir, quiero salir de este maldito barco!

—Basta de histerismos —la cortó Byron—. Iremos a ver lo que ha pasado, ahora hay poco humo.

—Ese humo parece que lo han echado para que saliéramos de los camarotes —opinó Gigliola.

—Nos han tratado como alimañas —se quejó Rebekka.

—Lo mejor es que vayamos los cuatro juntos adentro. Quizá lo que ellos pretenden es separarnos para asesinarnos más impunemente.

Decidieron regresar al pasillo. La brisa que aquella noche acariciaba la nave había sido suficiente para crear una corriente de aire por el corredor y los camarotes, ventilándolos. El escaso humo que quedaba ya no resultaba asfixiante ni insoportable.

En el corredor no había nadie.

En el camarote que ocupaban los hombres, tampoco, pero al llegar al camarote de las chicas, Justine lanzó un grito que debió oírse a todo lo largo y ancho del buque.

Por las venas de los cuatro semejaron deslizarse diminutos y veloces icebergs que raspaban sus paredes, hirientes. Luego, un insufrible calor, como el de volcanes en erupción, les envolvió.

Soames yacía en el suelo.

Su rostro estaba materialmente partido en dos y la sangre lo salpicaba todo. La cortante arma malaya debía ser tan contundente como afilada, pues los duros huesos del cráneo no habían podido

soportar los dos demoníacos golpes.

Los ojos, también salpicados en sangre, permanecían abiertos, vidriosos, llenos de espanto ante la violenta muerte que había arremetido contra el fornido Soames.

CAPITULO XI

A través de la trampilla, Mario y Peter Darwin acaban de descubrir la sala de máquinas.

Desde su posición no podían abarcarlo todo, pero allí había una caldera de vapor de dimensiones regulares y la maquinaria precisa para dar el giro adecuado a la hélice auxiliar que poseía aquel buque de rotores.

—Lo hemos encontrado. A partir de aquí podremos descubrirlos —dijo Mario.

De repente, ambos quedaron en tensión.

Un espeluznante grito femenino llegó con claridad hasta ellos, taladrando sus oídos.

Darwin bajó la trampilla y permaneció unos instantes en cuclillas junto a Mario. Esta le observó interrogante, buscando en los ojos del hombre una explicación.

—Me temo que algo desagradable está ocurriendo arriba.

—¿Crees que les habrá pasado algo, Peter?

—El grito ha sido bastante significativo. Será mejor que regresemos en su ayuda; ahora ya sabemos por dónde podemos investigar.

Se apartaron de la trampilla que podía conducirles a la sala de máquinas. Ante ellos estaba la soga que pendía por el respiradero. Mario miró la jaula y preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

—Me gustaría soltarlo, pero no tengo nada con que abrir ese grueso candado. Por otra parte, si lo dejamos libre, descubrirán que hemos estado aquí.

—¿Lo dejamos, pues?

—Sí. Ya volveremos por él. Creo que no lo podemos culpar de lo que han hecho los otros.

El prisionero les miró angustiado, con desesperanza. No entendía bien lo que hablaban, pero comprendía que iban a dejarlo donde estaba, dentro de aquella torturante jaula con barrotes de acero.

—¿Podremos subir?

—Sí. Esperarás a que suba yo primero y después te colocas la soga de la misma forma en que has descendido. Te izaré a cubierta; espero que no nos encuentren.

—Date prisa. Me horroriza quedarme aquí sola.

Peter Darwin miró al hombre enjaulado. Su aspecto era horripilante, pero sintió compasión por él. Silabeando las palabras, tratando de hacerse entender, le dijo:

—Volveremos, volveremos y te sacaremos de aquí.

Quizá no comprendía las palabras, pero sí la forma en que Peter Darwin le hablara y una luz de esperanza brilló en el fondo de sus ojos, todavía expresivos, de aquel torturante ser.

Peter besó en los labios a Mario, infundiéndole confianza. Luego, trepó por la cuerda maloliente y sucia como todo aquel maldito buque surgido de la niebla oceánica.

A Darwin le resultó fácil trepar hasta el respiradero, mas luego, el ascenso se hizo más lento y dificultoso debido a la estrechez del cilindro.

Cuando llegó a lo alto y quedó en cubierta,, agradeció respirar el aire fresco de la noche, después de haber abofeteado sus fosas nasales la hediondez de la estancia en que se hallaba el hombre enjaulado.

Movió la cuerda dando a entender a Mario que ya podía colocársela alrededor de las axilas.

Mario, abajo, captó la señal precisamente cuando escuchaba ruido bajo sus pies.

Dedujo que había gente en la sala de máquinas y temió que llegaran a descubrirla allí. El solo pensamiento de que pudieran encerrarla en una jaula como aquélla o en la misma, junto a aquel hombre que ya era un esqueleto viviente, la llenó de pavor.

Se sujetó la cuerda apresuradamente.

Peter Darwin tiró de la soga y notó la resistencia. Después, comenzó a izar a la joven que escrutaba la trampilla, temiendo que se abriera de un instante a otro.

Tocaba con su mano el agujero del respiradero cuando se' alzó la trampilla y apareció la terrorífica cabeza de uno de aquellos hombres de las cicatrices.

La mirada paradójicamente inexpresiva de aquel ser fuerte, pero convertido en una especie de autómata humano, se cruzó con la angustiada de Mario, que temió por su vida. Aquel hombre sólo asomaba la cabeza tras levantar la trampilla, pero bastarían unos instantes para que quedara en pie en la estancia. Llena de angustia, suplicó más que pidió:

—¡Peter, aprisa, aprisa!

Darwin, en lo alto, comprendió que algo anormal y peligroso sucedía.

Tiró más rápido y con fuerza de la soga, arriesgándose a lastimar a la muchacha, pero había que sacarla pronto.

El tipo de las cicatrices consiguió trepar con rapidez a la estancia y dio tres zancadas largas para tratar de sujetar los pies femeninos que colgaban en el aire.

Mario sabía que si la cogía por los pies, aquel hombre podría más que Peter, ya que tenía ventaja tirando desde abajo. Sería como una presa disputada por dos hombres fuertes y aún en el mejor de los

casos, resultaría gravemente dañada.

Aterrorizada, mirando hacia arriba y temiendo no poder escapar, notó la mano de aquel extraño y asesino ser tocando sus pies. Pateó en el aire para que no se los apresara.

—¡Peter, más aprisa, estoy en peligro! —chilló con voz ronca que apenas salía de su garganta.

Lo que la joven no pudo ver es que entre los barrotes de la jaula apareció de una forma violenta el puño del prisionero, que alcanzó en la oreja al que podía ser su sádico e implacable guardián, con tal rabia que lo lanzó al suelo.

Cuando el hombre que había subido por la trampilla se recuperó, los pies de la muchacha habían desaparecido ya por el respiradero hacia lo alto.

Peter tuvo ante sí el rostro de Mario. La oscuridad no le permitía verlo, pero notaba su jadeante respiración.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de esos monstruos ha aparecido por la trampilla.

—¿Te ha visto?

—Sí. Y ha estado a punto de cogerme por los pies.

Mientras la ayudaba a salir del respiradero, unos gruñidos casi inhumanos les llegaron claramente. Era dolor, terror, pavor que subía tras los pies de la muchacha.

—Dios mío, el monstruo se está vengando en el hombre de la jaula...

—Maldita sea, y no podemos hacer nada por él. Por otra parte, ahora ya sabrán que hemos descubierto esta entrada y la jaula.

Tanteando, caminaron en busca de los camarotes, que esta vez hallaron con facilidad.

—Hay luz —dijo Mario.

—Sí, eso parece. ¿Qué habrá pasado? Huelo a humo. ¿Habrá fuego a bordo?

—Sería horrible. No disponemos de botes salvavidas.

Penetraron en el corredor. En él, horrorizados y asombrados al descubrirles, hallaron a los compañeros del grupo.

—¡Son Mario y Peter! —exclamó Gigliola con una alegría que trataba de mitigar el horror vivido.

—¿Qué ha pasado? —interrogó Peter.

—Hemos oído gritar —añadió Mario.

—Han asesinado a Soames —explicó Rebekka apesadumbrada.

Byron señaló el camarote de las mujeres.

—Está ahí dentro.

Darwin se asomó y pudo ver el cuerpo inerte del marino.

—Es mejor que no lo veas —pidió a Mario. Encarándose con Byron, preguntó—: ¿Cómo ha sido?

—Nos han hecho salir con humo. Temimos que se incendiara el barco y salimos a cubierta.

La profesora continuó la explicación.

—Soames ha entrado para buscarles, temiendo que hubieran quedado atrapados.

—¿A nosotros? —inquirió Mario.

—Sí, y han aprovechado para matarlo de esta forma tan brutal y salvaje.

Gigliola interrogó:

-¿Y Elizabeth?

—¿Elizabeth? —repitió la propia Mario—, ¿No está con vosotros?

—No, no está aquí.

—¿No ha ido con ustedes? —preguntó Byron por su parte.

—No —aclaró Peter, tajante.

—Pues ha desaparecido lo mismo que Annie. —Pesimista, Gigliola añadió—: El humo ha sido para atrapar a una de nosotras como ocurrió con Annie, y lo han conseguido. Soames trató de impedirlo y lo han asesinado, es horrible.

—Ahora comprendo los golpes, el mido de sierras... Construían otro ataúd; ya sabemos a quién va destinado.

Las palabras de Byron horrorizaron a las mujeres.

—Tenemos que impedir que la arrojen al agua en uno de esos malditos féretros —gruñó Darwin.

—¿Cómo vamos a impedirlo; es que no ha visto a Soames? Era un hombre fuerte, poderoso, capaz de derribar a cualquiera, y ahora yace con el cráneo partido en dos.

La profesora pidió:

—Por favor, teniente, ahórrese detalles morbosos.

De pronto notaron una vibración, una ligera vibración que podía captarse con los pies o tocando las paredes. Se miraron entre sí, preocupados, y Byron mascculló:

—Han puesto ¡as máquinas en marcha.

—Quizá deseen modificar el rumbo o aumentar la velocidad hacia un lugar que desconocemos —observó Darwin.

—Será la muerte para todos —se lamentó, quejumbrosa, al profesora—. No tenemos escapatoria.

CAPITULO XII

-—Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde —apremió Mario.

—Sí, no podemos permitir que arrojen a Elizabeth al mar dentro de un ataúd como ocurrió con Annie —musitó Gigliola.

—Yo iré.

—¿Adónde? —preguntó Byron a Peter, que había decidido marchar.

—Abajo. Buscaré a Elizabeth antes de que ocurra la tragedia. Veremos si usted, aquí arriba, es capaz de cuidar de las chicas.

—¿Yo? Si se presentan con esos machetes malayos, ¿qué defensa voy a oponer contra ellos?

—Utilice los dientes si hace falta. Si cuando vuelva, si es que lo consigo, le ha ocurrido algo a otra chica, seré yo quien le parta el cráneo.

—No es momento para bravuconadas —gruñó Byron, que se sentía mal.

Peter pidió:

—¿Alguien tiene un alambre duro y un poco largo?

—¿Para qué? —preguntó la profesora Rebekka.

—Para utilizarlo como ganzúa.

La rubia Mario inquirió:

—¿Piensas libertar al hombre de la jaula?

—Sí, si es que puedo. Creo que él estará de nuestro lado y no del de ellos.

—¿Le sirve esto? —interrogó la profesora, sacándose una dura y artística horquilla que había mantenido su cabello recogido en la nuca.

Peter lo tomó, desdoblándola y asintió:

—Con un poco de suerte, puede servir.

Mario, recordando al hombre que intentara apresarla por los pies,, quién sabe qué destino repugnante y trágico, se estremeció. No obstante, se ofreció:

—Te acompañaré, Peter.

—No —denegó Darwin, decidido—. Esta vez iré solo.

—Quiere jugar a héroes, ¿eh, rebelde? —le preguntó Byron, ansioso de minimizarlo, pues el joven estaba demostrando un valor que él, siendo un oficial de la marina, estaba muy lejos de poseer.

—Cuide de ellas y no gruña. Recuerde lo que le he dicho. Deben faltar pocas horas para el amanecer; quizá tengamos suerte y luzca el sol. El buque se ha puesto en marcha y ello indica que quien lo gobierna ha tomado una decisión, una decisión que puede

perjudicarnos.

Le desearon suerte. Byron y las chicas nada podían hacer. Bajar por las escaleras normales en busca de la sala de máquinas y de los hombres que manejaban el barco era perderse en un laberinto de corredores y bodegas, de peligros y trampas.

Peter Darwin decidió utilizar el sistema que descubriera junto a Mario.

Tanteando, se dirigió a popa. Ahora iba solo y más libre. Sólo tenía que preocuparse de sí mismo y ello le daba más facilidad de movimientos y mayor capacidad para adentrarse en el riesgo, en el misterio de lo desconocido.

Sabía ya que lo primero que encontraría era la maldita jaula donde un hombre enloquecía torturado.

Recogió la soga utilizada con anterioridad y escuchó atentamente por si oía algo sospechoso, mas no había señales de movimiento y soltó la cuerda.

Se deslizó por ella, agarrándose con las manos y demostrando la fuerza de sus bíceps, de sus muñecas, de cada uno de sus dedos, que se cerraban como garfios en torno a la soga para no caer al fondo.

Consiguió llegar a la estancia en que estuviera anteriormente. Seguía la escasa luz y también la jaula con su prisionero, un hombre convertido casi en esqueleto, de piel rugosa y sucia, pegada a los huesos.

Su rostro era una verdadera calavera, pero esta vez no se movía, pese a tener los ojos abiertos. Era extraño ver cómo todo un cuerpo podía adelgazar enormemente, perder casi toda su carne, y, sin embargo, los ojos continuaban con su tamaño normal, pareciendo ahora más grandes en proporción al resto del cuerpo.

El suelo, aparte de la suciedad lógica, estaba manchado de sangre.

Miró a aquella víctima enjaulada y vio que tenía heridas en su cuerpo. Había sido torturado sádicamente después de huir ellos por lo alto.

Recordó los fortísimos gruñidos, expresión de dolor, que oyera al sacar a Mario del respiradero.

«Eres ya un cadáver —pensó—. No tienes escapatoria; sin embargo, no sería humano que murieras dentro de esa jaula infernal.»

Introdujo parte de la horquilla en el grueso candado y comenzó a hurgar en su mecanismo con paciencia y habilidad. Varios minutos y retoques en la horquilla que se había torcido en distintas ocasiones, le costaron abrir el candado, pero finalmente la jaula se abrió.

—Ya eres libre, amigo. Se terminó el hombre pájaro.

Aquel desgraciado le miró sin moverse. Seguía como medio sentado y arrodillado dentro de la jaula, una postura nada cómoda para ningún músculo, hueso o articulación.

Había agradecimiento en el fondo de aquellos ojos casi apagados, cargados de dolor, miedo y locura. La puerta estaba abierta, pero el hombre se hallaba herido y no hizo ningún movimiento para salir de su prisión.

—Ya eres libre, sal cuando quieras. Yo tengo que hacer —le dijo, dándose cuenta de que si quería salvar a Elizabeth no podía perder más tiempo con aquel hombre destinado ya a la muerte.

Le dio la espalda y se dirigió a la trampilla. Se oía más fuerte el ruido de la maquinaria que movía la hélice para impulsar el barco, ya que el viento no era suficiente para imprimir al buque a través de los cinco grandes rotores.

Levantó la trampilla con cuidado. El ruido del motor amortiguaba cualquier otro que él pudiera hacer.

Descubrió uno de aquellos autómatas, fuertes, llenos de cicatrices y totalmente deshumanizados que, sin embargo, iban armados y podían matar con sus cortantes y a la vez pesados machetes.

Con sigilo, terminó de abrir la trampilla.

Se cogió al borde y se dejó caer sin soltarse de las manos ni utilizar la escalera. Con las piernas, asió el cuello de su enemigo, sorprendiéndole.

Notó la fuerza que poseía aquel ser que intentó liberarse de la presión que en su garganta ejercían las piernas de Peter Darwin, mas no pudo lograrlo.

En su desesperación, mientras todo se tornaba rojo a su alrededor, trató de empuñar el machete para arremeter contra las piernas de Darwin, amputándoselas si hacía falta, pero no lo consiguió.

Peter no sólo le había cortado la respiración, sino que Se había presionado las carótidas en aquella presa mezcla de judo e improvisación, anulando el riego sanguíneo del cerebro de aquella especie de monstruos deshumanizado que, al fin, cayó pesadamente, sin vida.

Sudoroso, fatigado, el joven se descolgó, cayendo al lado del cadáver que yacía junto a la maquinaria. Lo primero que hizo fue tomar el machete malayo por su empuñadura; ya no estaba desarmado.

La maquinaria, en proporción al buque, era pequeña, muy pequeña, lo lógico para ser sólo un motor auxiliar. Aquel motor, accionado por el vapor que producía la caldera, no impulsaría la nave a más de cinco nudos hora, velocidad que si se unía a un buen viento de popa que hiciera girar los rotores, podría llegar a un máximo de diez nudos, ya que la cantidad de algas e incrustaciones adheridas a los fondos del barco lo frenarían grandemente al aumentar su roce contra el agua.

Pasó junto a la maquinaria y descubrió la caldera, de tipo antiguo

y horizontal. Por una boca amplia se cargaba el carbón, madera o cualquier material que pudiera quemarse.

La boca de la caldera estaba abierta y se veía el rojo, casi blanco, del fuego del carbón que iba produciendo el vapor que daba vida al buque, proporcionándole electricidad y movimiento.

Cerca de la caldera se abría una puerta que conducía a un lugar todavía desconocido para Peter Darwin.

Precavidamente, abrió la puerta y pasó a una estancia umbría, tenebrosa. Hasta ella apenas llegaba la luz que brotaba por la boca de la caldera abierta. En el suelo aparecía un tosco ataúd ya terminado.

Peter lo observó durante unos instantes. Pensó en Elizabeth y saltó junto al féretro, inclinándose sobre él.

La tosca caja de madera sin cepillar ni pintar estaba claveteada. Peter introdujo la hoja del machete por la ranura de la-tapa y comenzó a forzarla. Era obvio que el ataúd pesaba.

Forzó la tapa hasta conseguir levantarla. Buscó en su interior, llevándose una sorpresa.

—Hierros, lastre —gruñó para sí, perplejo, con voz opaca.

El ataúd tenía unos agujeros y Peter razonó:

—Un ataúd lastrado con hierros y agujereado para que se llene con agua, aunque sea de madera, debe hundirse forzosamente con mucha facilidad; pero, ¿por qué, por qué?

Allí no estaba Elizabeth.

Buscó la salida de aquella estancia, que semejaba la antesala de la caldera y cuarto de máquinas, todo ellos muy pegado a popa para dar mayor capacidad a las bodegas centrales.

Abrió lentamente la puerta. Al otro lado había bastante luz, una luz desacostumbrada en comparación con la que iluminaba el resto del navío.

Allí había varios hombres.

Uno de ellos portaba gorra y vestía guerrera militar. Era pequeño magro, casi un alfeñique. Sin embargo, había un poder demoníaco en sus ojos.

Quedó desconcertado al descubrir una cruz de hierro en el cuello de aquel sujeto. Peter no comprendía... Aquel hombre vestía como un nazi de la casi olvidada Segunda Guerra Mundial.

No tuvo tiempo para pensar demasiado en aquel individuo pequeño, pero dominante en su mirar y en sus gestos. Había allí dos mesas de quirófano, ocupadas ambas por sendos cuerpos que yacían cubiertos por sábanas blancas.

Darwin comprendió que no eran hombres. Los pechos alzados y ondulados, rompiendo una horizontalidad, daban a entender que eran mujeres. Pensó de inmediato en Annie y Elizabeth.

Aquel militar que gobernaba a los deshumanizados autómatas se

disponía a hacer algo que, aun ignorándolo, repugnó a Peter Darwin.

Las víctimas serían las dos muchachas que, quién sabe lo que ya habían tenido que soportar, pues permanecían quietas bajo las sábanas, quietas pero vivas, ya que la respiración era rítmica, regular, aunque intranquila.

Aquello era un quirófano siniestro y maligno... Debía intervenir rápidamente pese a que había allí varios hombres que tratarían de matarlo partiéndole el cráneo en dos como le había ocurrido a Soames, brutalmente asesinado con aquellas cortas, pesadas y contundentes armas blancas.

CAPITULO XIII

Peter Darwin no tenía el tiempo a su favor, no podía ni quería esperar. Estaba seguro de que las dos jóvenes se hallaban bajo aquellas sábanas, en las mesas quirófano, y penetró en tromba, con su cortante y pesada arma firmemente empuñada, dispuesto a utilizarla.

—¡Quietos todos! —ordenó, con voz tajante.

Uno de aquellos seres deshumanizados se revolvió contra él desenfundando su arma, dispuesto a hacerle correr la misma suerte que al bueno de Soames.

Ante la mirada penetrante de aquel ser de aspecto insignificante, pero diabólico, vestido de oficial de las SS germánica, desaparecida hacía tantos lustros, esquivó el filo del sable que trató de cercenarle la cabeza de un solo tajo.

La pelea a machetazos duró poco. El ser de las cicatrices en el cráneo lanzó un raro y horripilante gruñido y cayó al suelo boca abajo, desnucado.

—¡Quieto!

Darwin, con su arma ligeramente manchada de sangre, quedó inmóvil. Otros dos autómatas, con sus machetes malayos en la mano, le observaban con aquellas miradas extrañamente perdidas, miradas sin odio ni amistad, miradas de máquinas dispuestas a matar si así se les ordenaba.

El alemán tenía una «Luger» en la mano. El cañón largo y cilíndrico destacaba ante el muñón del percutor, todo ello pavonado.

Encañonado por Ia pistola que había sacado aquel diabólico representante de la extinta SS, no se amilanó y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el teniente coronel Von Srider, del glorioso Tercer Reich.

—Usted está loco. La guerra mundial acabó hace más de cinco lustros.

—Para un buen nazi, la guerra no terminará nunca —le dijo, con su fuerte acento alemán, sin dejar de apuntarle.

Darwin comenzó a darse cuenta de que se hallaba frente a un diabólico demente, que controlaba a otros dementes. La situación era sumamente peligrosa, resultaba casi imposible escapar con bien de ella, mientras los dos cuerpos femeninos seguía respirando bajo las sábanas.

—La guerra acabó, debe aceptarlo. El Tercer Reich desapareció, todo quedó olvidado. Hoy en día, Alemania son dos naciones que se van unificando poco a poco y son fuertes, viven en paz. No atacan ni son atacadas por nadie. No hay guerras en Europa.

—Ya lo sé, pero es un compás de espera.

—No hay compás de espera, se terminó y todos han olvidado.

—Tú no puedes saber nada, tú eres americano y muy joven.

Darwin pensó que debía seguirle la corriente en parte a aquel loco y observó:

—¿Es que acaso considera guerra esto? —señaló a los dos hombres que presentaban las cicatrices en sus cráneos y también en el rostro. Su aspecto era terrorífico.

—Ellos ya han sido probados.

—¿Probados? ¿Qué significa probados?

—Soy teniente coronel médico, adscrito a las SS.

—¿Médico? —El joven norteamericano frunció el ceño—. ¿Usted era uno de esos médicos aberrantes y fanáticos que utilizaron a seres humanos como cobayas?

—La ciencia debía dar un paso de gigante. Nosotros, la raza aria, debíamos darlo.

—¿Qué les ha hecho a estos hombres? ¡Dígame! ¿Qué les ha hecho?

—Pruebas científicas. Todo hubiera ido mejor de no haberse producido la invasión de Normandía, maldito el día en que el general Eisenhower hizo desembarcar las tropas aliadas. Mi hospital tuvo que ser evacuado y se hubiera disuelto de no insistir yo en que debía proseguir mis investigaciones, por eso pedía trasladarme a un barco camuflado. —Hizo un gesto de enfado y resignación—. Me respondieron que todos los buques estaban siendo empleados para la guerra, pero averigüé que había un barco anclado que nadie utilizaba, un carguero de madera, un viejo buque de rotores sin tripulación ni comandante. Pedí ser trasladado con mi equipo científico a bordo.

—Con sus cobayas humanos también, ¿verdad?

—Mis cobayas humanos no eran seres normales, mi joven americano. Eran locos, sí, locos. Mi especialidad era el estudio de la cirugía cerebral. Yo quería estudiar el porqué de su comportamiento.

—Ahora entiendo las horrorosas cicatrices de sus cráneos.

—No era momento para hacer cirugía estética. Había que intervenir, hurgar e investigar en los cerebros. Algunos, muchos, murieron pronto. Mientras el buque se sumergía en las nieblas atlánticas, en sus brumas espesas, yo seguía trabajando, pero la guerra terminó y algunos decidieron entregarse.

—Usted no quiso, claro.

—A los que se manifestaron, los ejecuté. Hay que ser drásticos para atajar los motines a bordo de un buque, mi joven americano.

—¿Y nunca le han descubierto en tantos arios?

—Sí, sí, nos han descubierto, pero siempre de noche, y he utilizado distintas banderas que llevo a bordo para el camuflaje, tal como estaba previsto. Este buque debía de pasar por un simple

carguero centroamericano. Por radio pedía los suministros que necesitábamos en puntos alejados de Europa y lejos de puertos importantes. Anclábamos en el mar, pagábamos con oro y nos subían a bordo la harina y lo que pedíamos, aunque la mayor parte del alimento ha sido pescado que nosotros mismos nos hemos procurado. Había que supervivir al máximo posible por nuestros propios medios.

—¿De modo que tiene una radio?

—Sí, aquí abajo.

—¿Y la ha utilizado mucho?

—Sí, la empleo para recoger los partes meteorológicos. De este modo sé exactamente dónde hay nieblas espesas y hacia allí se pone rumbo.

—¿Como ahora, por ejemplo?

—Sí. He recibido el último parte meteorológico; éste era británico. He averiguado el punto de nieblas y hacia él nos dirigimos. Así seguiremos siempre. Hubo un tiempo en que desesperé: se había terminado mi material de experimentación.

—Querrá decir sus cobayas humanos.

—Como tú quieras, joven americano, necesitaba material y ahora ya lo tengo.

—Pero ese material que usted dice, en esta ocasión no son locos.

—Sí, es un problema para mí. Yo intervengo los cerebros dementes y torno sus espíritus pacíficos y obedientes, hundiendo mi bisturí en su hipotálamo.

—¿Y los deja deshumanizados como a ellos? —Peter señaló a los dos seres.

—Sí, ahora son obedientes y pacíficos, servidores perfectos. Con cientos de miles como ellos, se lograrán ejércitos invencibles, soldados que no piensan y que obedecen las órdenes sin temor a la muerte; claro que ahora comenzaré a tratar a mis nuevos cobayas humanos como tú los llamas. En principio, secciono sus cuerdas vocales. Luego, impregno su cráneo con una solución fuertemente cáustica que mata sus cabellos hasta las mismísimas raíces y los deja preparados para las intervenciones.

—¡Pero no están locas! —insistió Darwin.

—Primero las volveré locas. A ellas, a ti y también a los que capture con vida. Mi plan era aterrorizarlos, causarles histeria.

—¿Con los ataúdes?

—Sí, os provocaba terror. Ahora, estas chicas, después de intervenirlas, despertarán sin cabellos ni cuerdas vocales. Para el ser humano, comunicarse es vital para no abocarse a una psicopatía crónica. Después, estarán un tiempo en jaulas y así enloquecerán. Sus cerebros se perturbarán y podré estudiar en ellos.

—¡Es infame, horroroso!

—Ahórrate imprecaciones, joven americano. Tú también pasarás por ese trabajo, yo mando a bordo y no hay escapatoria. Hice tirar al mar los botes salvavidas y también los salvavidas. No hay forma de escapar con vida de este buque, hay que someterse, es la única solución para sobrevivir.

—Pero, el que manda es el capitán del buque. Él lo gobierna.

—¿El capitán del buque? —Soltó una diabólica carcajada—. El fue un estúpido al insistir en que entregáramos la nave. Después, lo descubrí tratando de llevar el barco a Southampton y le di su justo castigo.

—¿Lo asesinó?

—No, le convertí también en cobayo. Él es quien está en la jaula, creo que tú ya le conoces, joven americano.

—No tiene piedad con nadie, teniente coronel Von… ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Von Sri…

No pudo terminar. Peter Darwin había dado una patada a una de las mesas quirófanos provistas con ruedas y que en aquellos momentos no se hallaban sujetas a los topes que había en el piso.

El canto de la mesa golpeó en la boca del estómago a Von Srider, que jaló el gatillo. La bala pasó rozando a Darwin.

El joven hizo gala de su poder físico y saltó por encima del cuerpo de una de las muchachas, sin saber cuál, ya que estaban ocultas bajo las sábanas. Golpeó a Von Srider quitándole la pistola y empujándola hacia otro lado.

Darwin se vio atacado por aquellos seres monstruosos, sin personalidad, despojos humanos, pero verdugos en potencia y hubo de hacerles frente.

—¡Matadlo! —chilló Von Srider.

El nazi corrió hacia la puerta de la sala de máquinas, pero se encontró con la más desagradable sorpresa de su vida. Allí estaba el anteriormente enjaulado capitán del buque.

Aquel hombre torturado de forma infernal, con ojos encendidos y fuera de sí, atrapó a Von Srider, mientras éste chillaba como un cerdo tratando de librarse de él.

Mientras luchaba contra aquellos hombres y se deshacía de uno de ellos con un certero tajo, Peter pudo ver a lo lejos, cómo, entre chillidos, Von Srider hallaba una muerte horrible.

El capitán demente lo lanzó como un pellejo al interior de la caldera que se hallaba al rojo vivo.

Von Srider se retorció dantescamente sobre los carbones ígneos, mientras el hombre de la jaula cerraba la puerta de la caldera y también las válvulas de vapor.

Por observar lo que hacía el capitán del buque, Darwin estuvo a

punto de caer bajo la afilada arma del otro autómata, mas lo abatió de un certero golpe entre el cuello y la clavícula.

Quiso correr hacia el hombre de la jaula que, herido, iba de un lado a otro cerrando todo lo que pudiera dar libertad al vapor que se producía en la caldera.

Darwin comprendió que lo que pretendía era hacer volar el buque y cuando quiso impedirlo, era tarde. El hombre de la jaula cerró la puerta y la atrancó dispuesto a morir allí dentro cuando reventara.

No había tiempo que perder.

Darwin levantó las sábanas. Bajo ellas, todavía vivas, aunque inconscientes, estaban Annie y Elizabeth, inmovilizadas con correas.

Sabía que no tardaría en estallar la caldera, por eso liberó a las muchachas apresuradamente y cogiendo agua de un grifo que había allí, les mojó los rostros para que fueran despertando.

Descubrió la radio y comenzó a lanzar al aire un dramático SOS internacional. Ignoraba el punto en que se hallaban, pero confiaba que con los radares y por mediación de la captación de las ondas de radio cruzadas, los buques acusaran la llamada de socorro pudieran averiguar su situación.

Annie fue la primera en despertar, medio atontada.

—¡Vamos, hay que salir de aquí! —le apremió.

Cargó con Elizabeth sobre los hombros y buscó una salida que halló en una bodega cargada de maderas. Annie, torpemente, sin comprender, le seguía sollozante. Así consiguieron llegar a cubierta.

En el corredor de los camarotes estaban todos expectantes. Hubo alegría al reconocer a Annie y Elizabeth.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Byron.

—¡El barco va a estallar!

—¡Estallar el barco? ¿Está loco, Darwin?

—Usted haga lo que quiera, pero hay que huir de aquí cuanto antes.

—Huir de aquí significa la muerte. Tirarse al agua es suicidarse.

—He lanzado un S.O.S.

—Nadie llegará a tiempo —rebatió agrio.

—¡por todos los diablos, cuando menos ayúdeme a hacer algo!

—¿Algo como qué?

—Una de las tapas de la bodega puede servir como balsa de supervivencia.

—Es una locura. A las pocas horas se hundirá, no resistirá.

—Vamos, hay que levantarla —pidió Darwin, enérgico.

Byron, escéptico, no quiso colaborar. Rehuía obedecer órdenes de un joven inexperto en el mar como Darwin. Era un auténtico suicidio lo que intentaba.

Las mujeres sí obedecieron y le ayudaron a levantar una de las

tapas de la bodega tras soltar sus garfios. Luego, la pusieron en vertical, junto a la baranda de cubierta y Darwin indicó:

—¡Ahora!

Empujaron la madera, que cayó a las negras aguas por encima de la baranda.

—¡Todos abajo, rápido!

—¡No le hagan caso, es un suicidio, no vivirán ni unas horas! —grufló Byron.

Mario fue la primera en seguir las instrucciones de Darwin, lanzándose al mar.

Darwin cogió a Annie y a la inconsciente Elizabeth y se arrojó al océano. Gigliola y Justine también le siguieron. La profesora Rebekka dudó, pero al ver que se quedaba sola con Byron, saltó por la borda, hundiendo todo su cuerpo en las negras aguas y sin saber nadar.

—¡Socorro! —aulló mientras tragaba agua.

En medio de las tinieblas, Darwin fue nadando de un lado a otro según oían voces para ayudar a las mujeres, hasta que consiguió que todas estuvieran sobre aquella improvisada balsa de madera recubierta de lona embreada ajada, una madera podrida que, como Byron había dicho no podría resistir muchas horas.

La tabla con los náufragos se alejó y Byron corrió a popa chillando:

—¡Están locos, van a morir!

Cuando estaban distanciados algo más de cien yardas, y ya no veían la nave, ocurrió el gran estallido. Hasta ellos llegaron pequeños trozos de madera y el cuerpo de Byron debió de volar hecho pedazos.

La caldera de vapor, puesta al máximo de presión había explotado. Después, sobrevino el incendio y el buque de madera ardió ya de madrugada.

Desde la balsa lo vieron convertido en una gran pira que tardó largo rato en hundirse debido al cargamento de madera que transportaba.

Los dientes de Elizabeth, que había recuperado el sentido, castañeteaban de frío y temor.

Amanecía cuando tres buques que había cambiado señale; entre sí y habían descubierto el incendio, ya que el buque incendiado se había convertido en un auténtico faro, acudía:, al salvamento.

—Creo que les costará creer la historia que vamos a explicarles —suspiró Peter Darwin, rodeando la cintura de Mario, mientras la profesora Rebekka y Gigliola, ambas tambaleantes, se ponían en pie sobre la balsa y agitaban sus manos gritando:

—¡Aquííí, aquííí!

FIN